

Vida
Aristocrática



Vida Aristocrática



Revista del Hogar

SOCIEDAD ◦ ARTE ◦ DEPORTE ◦ MODAS

Se publica los días 15 y 30

Suscripción: Dos pesetas al mes.

Número suelto: Dos pesetas.

PARA PUBLICIDAD PÍDANSE TARIFAS

Madrid - Goya, 3. Teléfono S-583

DISCURSOS DE GRANDES DE ESPAÑA

Continuamos hoy publicando discursos leídos por Grandes de España, en el acto de cubrirse ante S. M. el Rey en el mes de enero último.

El del duque de Almenara Alta.

«SEÑOR:

El que tiene la honra de llegar a las gradas del Trono, para que Vuestra Majestad confirme en su persona estos privilegios, que egregios antecesores de Vuestra Majestad confirieron a aquellos mis progenitores, que escribieron con su sangre y con sus hechos páginas de indecible gloria, en nuestra historia, es el jefe de la tantas veces ilustre Casa de Fivaller.

El origen de su Regia estirpe se pierde en la noche de los tiempos, y sus hazañas los hacen acreedores a las altas dignidades de la Patria.

Por enlaces sucesivos se une a lo más rancio de la aristocracia española e italiana. A través de los siglos, mis ascendientes prestan señalados servicios a la Nación y a la Monarquía.

No quiero cansar la augusta atención de Vuestra Majestad citando fechas, mencionando nombres y relatando hechos; pero no puedo sustraerme a la tentación de recordar la insigne figura del ilustre Conceller Juan Fivaller, que supo hermanar el valor con la prudencia, salvando las libertades catalanas sin mancillar el honor Real. Y si, en el Reinado de Fernando el de Antequera, manifestó grandes dotes de gobernante, no fué menos en tiempos de Alfonso V el Magnánimo, auxiliando a la flota aragonesa en Cerdeña cuando la expedición a Nápoles, donde perdió no solamente su hacienda, sino las vidas de sus doce hijos. Por este señalado servicio y otros muchos se le concedió el título de duque en 1420. «Admira—dice Zurita en los *Anales de Aragón*—su adhesión incomparable a dichos Monarcas.»

Mi tercer abuelo, que entre otros títulos ostentaba el de marqués de Villev (y hoy me honro llevándolo), título al que se le concedió la Grandeza de España por la heroica defensa que de la Villa de Molina hicieron sus abuelos en la guerra de Sucesión a favor de los Borbones, pidió al Rey Carlos IV confirmarse el título que por vicisitudes de los tiempos dejaron de usar sus antepasados. La guerra de la Independencia y los azares de aquellas épocas demostraron cuán acreedor era a la merced de sus mayores.

Por el enlace de doña María de las Mercedes Fivaller y Centurión Orsini, marquesa de la Lápilla con el marqués de Albranca, llevó como primer apellido el de Martorell, uno de los más esclarecidos de Cataluña, que toma su nombre del solar de aquella histórica villa. Caballeros en la epopeya de la Reconquista, asisten como primeros capitanes a la conquista de Valencia con Jaime I, y a la de Menorca con Alfonso VI, estableciéndose en la isla, y demostrando en el transcurso de siete siglos de luchas sin tregua un arraigado amor a España.

De la caballerosidad, talento y lealtad de mi padre y sus hermanos, aun guarda vuestra augusta madre recuerdos que me honran.

Por el matrimonio de mi padre con doña Angela Tellez Girón y Fernández de Córdoba, entran en mi Casa dos de los más ilustres linajes españoles: los de Osuna y Medinaceli.

Señor: Al dar a Vuestra Majestad las más rendidas gracias por la merced que me acaba de conceder, he de hacer presente que si no tengo más méritos que los heredados, también heredé con ellos los sentimientos de adhesión y fidelidad hasta la muerte. Por eso, Señor, me sentía orgulloso, cuando lejos de España, cumpliendo deberes militares y en días tristes para todos, acariciaba la idea de ser yo, en estos tiempos, querido siguiese la tradición de mi Casa de ser generoso con su sangre, para con sus Reyes y su Patria. La Providencia no quiso entonces poner a prueba mi fidelidad; pero puede estar seguro Vuestra Majestad que, llegado el momento, no iría a la zaga de nadie en la defensa de nuestra querida Patria y de nuestro Rey, que es uno de los más legítimos orgullosos de sus súbditos.»

El del duque de Santa Cristina.

«SEÑOR:

Mis primeras palabras han de ser de agradecimiento, por la merced que me dispensa al permitirme hoy que me cubra ante V. M. como duque de Santa Cristina, título concedido por el Rey Fernando VII a don Fulco Antonio Ruffo de Cá-

labria, por los méritos contraídos en Embajada extraordinaria, acompañando a la que después fué Reina Gobernadora doña María Cristina.

Por enlace de esta ilustre familia con la Casa de los duques de Medina-Sidonia, marqueses de Villafranca del Bierzo y de Los Vélez, condes de Niebla, y por la magnanimidad de Vuestra Majestad, osténtalo mi esposa, hermana del hoy poseedor de estas dignidades, mi padrino.

La circunstancia de haberse acercado muchas veces, en el transcurso de los siglos, a las gradas del Trono, en actos como el de ahora, tantos representantes de la noble Casa fundada por el defensor de Tarifa, y el resonar aún el eco de los servicios a la Patria que mi hermano y padrino hiciera no ha mucho, impulsame a no cansar a Vuestra Majestad con el relato de hechos que solo ignoran los desconocedores de la Historia nacional.

La nobilísima venera de la Orden militar de Caballería de Alcántara, que ostento con orgullo sobre mi corazón, es muda señal de lo hidalgo de mi estirpe; pero más elocuente testimonio de cuanto yo pudiera decir de los servicios prestados a los Reyes vuestros antecesores, desde la conquista del Reino de Murcia y Lorca, por el Rey Don Alonso el Sabio, al que acompañara el que fué origen en Andalucía de mi linaje paterno; en los cargos militares de los regimientos de la costa, caballeros y consejeros de la Orden de Santiago y regidores perpetuos, por juro de heredad, de varias ciudades de la región granadina, siempre fieles, como sus hijos, a la Corona; y, por los maternos, se recuerdan los de aquella excelsa figura del conde de Florida-blanca, espejo de estadistas y leales vasallos.

El honoroso uniforme de Caballería española, que visto, me excusa de hacer ante Vuestra Majestad, en este acto, nuevas promesas; porque yo, ni un instante olvidé el juramento que hice ante la gloriosa bandera de mi Patria, —emocionado hasta lo más profundo de mi ser, a poco de vestir por primera vez ese uniforme, y que hoy ratifico ante las gradas del Trono,—de dar, Señor, si necesario fuese, hasta la última gota de mi sangre por servir a mi Patria y a Vuestra Majestad.»

El del conde de Los Llanos.

«SEÑOR:

La prematura muerte de mi hermano mayor don Fernando, es causa de que, en corto espacio de tiempo, el conde de los Llanos venga de nuevo a tener el alto honor de cubrirse ante Vuestra Real Persona.

Represento, por tanto, una familia que vuestros antepasados juzgaran oportuno ilustrar, premiando con ello los sacrificios, la inteligencia y la esplendidez proverbiales y notorias de mi abuelo paterno el primer marqués de Salamanca, título que me enorgullece llevar, porque significa tanto como protección a las artes, las ciencias, la literatura, el trabajo y las industrias españolas, y porque es símbolo que encarna patriotismo y generosidad, al aparecer unidos siempre, a todo lo que durante su vida, y la de mi padre, fué adelanto y progreso, dotando a su país de grandes y desconocidas riquezas.

Pero si son muchos, Señor, los honores y las mercedes que los míos deben a sus Soberanos, permitidme que aproveche este momento solemne, para decir que ninguno puede igualarse al concedido por Vuestra Majestad a mi madre la condesa de Zaldivar, confiándole el cuidado de vuestros augustos hijos, y más especialmente que velara por la educación, en su infancia, del Príncipe de Asturias, el heredero de la Corona, cuyos sentimientos de nobleza y afabilidad innatos en él, y comprendidos por su aya, han sido puestos de relieve para que todos los reconozcan, con un empeño, un entusiasmo y una devoción sin límites, consciente de la delicada misión que se le encomendaba, y con la mirada puesta en sus Reyes y en España.

Señor: Si otras causas no me obligaran, las atenciones que Vuestra Majestad, que la Reina Doña Victoria Eugenia, y la Reina Doña María Cristina, vuestra madre augusta, dispensaron a la mía, hubieran despertado, en este fiel servidor, la más honda gratitud.

Yo procuraré, Señor, hacerme digno de esta gracia que recibo, siguiendo el ejemplo que mis

padres me han trazado, de respeto, de cariño y devoción a mi Patria y a mi Rey.»

El del marqués de Ponteijos.

«SEÑOR:

Debo el presentarme ante Vuestra Majestad para cubrirme como Grande de España, al cariño de mi madre la marquesa de Miraflores, que hace poco me ha cedido el título de marqués de Casa Ponteijos.

Este título fué concedido por el Rey Don Felipe V, el año 1728, a don Antonio de Ponteijos y Anchía, caballero de la Orden de Santiago, gentilhomme de Cámara de Su Majestad, oriundo del lugar de Ponteijos en la Merindad de Trasmiera, de donde sus antepasados tomaron su apellido. Algunos de sus progenitores figuraron ya en la Conquista de Andalucía, formando parte de los refuerzos de la montaña, que acompañaron al Rey Fernando III el Santo en aquella empresa. Entre los que han ilustrado esta familia, citaré a don Juan de Ponteijos, almirante de la Armada de la Carrera de Indias, cuya vida fué empleada en el servicio de la Patria y de la Monarquía, luchando contra los piratas que infestaban el Océano, siendo herido diferentes veces; a su hermano el capitán don Santiago de Ponteijos, que sirvió en Flandes y en Africa, regando con su sangre aquellos territorios tan fecundos en heroísmos españoles; al alférez don Pedro de Ponteijos, que sirvió a la Majestad de Felipe IV en la Armada del mar Océano, combatiendo contra las Galeras de Francia, donde perdió una pierna, continuando a pesar de ello sus servicios y mereciendo que Don Juan de Austria le nombrase, personalmente, capitán de Infantería.

Fué 3.^a marquesa de Ponteijos, D.^{na} Mariana de Ponteijos y Sandoval, condesa de la Ventosa, cuya efigie inmortalizó el pincel de Goya.

Ella fué una de aquellas ilustres señoras a cuya iniciativa se debió un episodio de la lucha inmortal sostenida por España para defender su independencia, revestido con los caracteres de apariencia superficial, pero decisivo y trascendental en la lucha contra Francia.

Secundando admirablemente la iniciativa del pueblo gaditano de acabar a toda costa la Cortadura que impidiera el acceso de las tropas de Napoleón, organizó entre las personas que a su casa acudían una cuadrilla de trabajadores, de que formaron parte, entre otros, personas tan ilustres como el duque de Híjar, el marqués de Iturbieta, el conde de Salvatierra, Don Antonio Alcalá Galiano y el propio marqués de Ponteijos, que lo era entonces don Fernando de Silva, que unidos a todos los vecinos de Cádiz, terminaron en poco más de una semana, la muralla del último resto de la Península que conservó su independencia. Ella, acompañada de otras señoras, llevaba por sus propias manos la comida a los nobles jornaleros, que dieron pruebas de un alto espíritu, ante la suprema salvación de la Patria.

La quinta marquesa de Ponteijos fué mi abuela, doña Carolina Pando y Moñino Fernández de Piñedo y Ponteijos, marquesa de Miraflores, heredera directa y poseedora del mayorazgo de don Sancho Dávila, generalísimo de mar y tierra, castellano de Pavia y Amberes, lugarteniente del gran duque de Alba en Flandes y Portugal, llamado en su tiempo el *Rayo de la guerra*.

La adhesión y lealtad de esta señora a vuestros antepasados son harto conocidas, y en su casa de la carrera de San Jerónimo se laboró no poco por la Restauración de S. M. el Rey Don Alfonso XII, vuestro augusto padre.

Para premiar estos servicios y los prestados por mi madre durante veinticinco años a S. M. la Reina Doña María Cristina, V. M. se dignó concederle la Grandeza de España el año 1916.

Por mi línea paterna pertenezco a los Alvarez de Toledo, de la Casa de Villafranca, que ilustraron la historia desde los comienzos del siglo XVIII, cuyos hechos van unidos a los de la inmortal ciudad que les dió su nombre y cuya amplitud es tal que no caben en los límites de este discurso; narrarlos equivaldría a repetir la Historia toda de España.

Al dar a Vuestra Majestad las gracias por la insigne honra que me acaba de dispensar, sólo me queda añadir que mi única ambición, mi mayor anhelo, han sido y seguirán siendo inculcar a mis hijos la misma fe en Dios, el mismo amor a su Patria y a sus Reyes que han tenido siempre los Alvarez de Toledo.»

FAMILIAS DE LA NOBLEZA ESPAÑOLA

EL CONDADO DE FLORIDABLANCA

En el Ritz, en el Real, en el Club de Puerta de Hierro y en cuantos sitios frecuenta ahora la sociedad madrileña, llama la atención la figura gentil y simpática de una recién casada, que es, por la posición social que hoy ocupa, una de las damas aristocráticas llamadas a brillar más en los salones de la nobleza de Madrid.

Me refiero, como habrá adivinado el discreto lector, a la condesa de Floridablanca, hace pocos meses casada con el joven prócer poseedor de este título.

Se llama ella doña María Ussia y Díez de Uzurrun, y es la única hija de los marqueses de Aldama. De soitera llevó el título de marquesa de Colomo, figurando ya, desde hace cuatro o cinco años, en todas las fiestas aristocráticas de importancia.

En Madrid conquistó bien pronto la bella marquesa de Colomo popularidad como propietaria de una excelente cuadra de carreras de caballos, con la que obtuvo en los Hipódromos de Aranjuez, Madrid y Lasarte varios importantes premios. Los colores de la cuadra de la encantadora marquesita, contaban siempre con la simpatía del público, y justo es decir que, en muchas ocasiones, los jockeys y los caballos hicieron todo lo posible por dejar en buen lugar el prestigio de su señora y dueña.

El invierno pasado se hizo público el próximo enlace de la señorita de Aldama. El amor se metió en el campo acotado por la afición hípica y dejó de verse con la misma frecuencia en los Hipódromos a la futura condesa de Floridablanca, porque el apuesto joven que pretendía su mano no era otro que don José María Castillejo y Wall, poseedor de ese condado y representante de una de las más ilustres familias españolas. Su madre es la condesa de Armildez de Toledo y sus hermanos el conde de Arenales y la actual duquesa de Almenara Alta, por su matrimonio con don Francisco de Martorell y Téllez Girón.

El condado de Floridablanca evoca el recuerdo de aquel ilustre político a cuyo nombre va unida la época de mayor florecimiento del reinado de Carlos III. Fué don José Moñino y Redondo una de las figuras más relevantes de aquel tiempo, y téngase de él la idea que se tenga—por su intervención, si no en la expulsión de los jesuitas de España, que fué obra del conde de Aranda, en las consecuencias de dicha expulsión, en su calidad de embajador cerca de la Santa Sede,—lo indudable es que fué un extraordinario hombre de gobierno y un gran patriota, al que la Monarquía debe inestimables servicios y al que la Patria ha de estar eternamente reconocida. Hijo de familia hidalga, si no rica—entre sus antepasados se contaron don Alfonso Moñino, mayordomo mayor que fué de Enrique III, y don Toribio Moñino y su hermano, ambos caballeros de Santiago y héroes defensores del castillo de Britaro, contra los moros,—desde muy joven demostró don José Moñino una inteligencia extraordinaria. Primero en Murcia, su ciudad natal, y luego en Granada y Madrid, conquistó pronto fama de hombre no vulgar. Su bufete de abogado se hizo célebre, y ello fué causa de que fuese nombrado fiscal del Consejo de Castilla. Los méritos que durante varios años evidenció en el ejercicio de este cargo, le valieron el nombramiento de embajador cerca de Su Santidad. Y fueron tales los éxitos que allí obtuvo—sirviendo la causa del Rey Carlos III,—que cuando regresó—ya había marchado a París el conde de Aranda,—Su Majestad le nombró Presidente del Consejo.

El largo periodo de su mando marca una época de prosperidad de España; y eso que tuvo que atravesar por una cruel guerra, en la que si bien España no logró el objetivo que se proponía sobre Gibraltar, si consiguió la reintegración de la isla de Menorca; la posesión de las dos Floridas y el dominio absoluto de toda la costa de Honduras y Campeche, hasta el país de los

Mosquitos, inclusive. Desde los tiempos de cesáreo esplendor no había concluido España un tratado de paz semejante a éste, concertado con Inglaterra.

En el interior, el Gobierno de don José Moñino señalase por una serie de atinadas reformas y mejoras en todos los órdenes, unas de efecto inmediato y otras mirando al porvenir. Fomentó la agricultura y, de un modo notable, la industria, suprimiendo las aduanas regionales y construyendo más de 300 leguas de «camino reales». A él se debe también el aumento de nuestra Marina, la creación de la gran Compañía de Filipinas y la fundación del Banco de San Carlos. Y en su tiempo se construyeron una porción de edificios y monumentos que son hoy orgullo de nuestras ciudades españolas.

RETRATO

Un retrato te ofrecí
y obligado estoy por ello;
¡ay! quién fuera Claudio-Coello
para pintar lo que ví.

Ser pintor es hoy mi loca
aspiración de poeta
pero, ¿tendrá mi paleta
los colores de tu boca?

Yo ví un rostro peregrino,
un cuerpo breve y gentil,
un delicioso perfil,
y un antebrazo ambarino;
ví unos ojos que al mirar
no sé bien lo que decían;
tan sólo sé que tenían
belleza y gracia sin par.

¡.....!
Con tan precioso modelo
¿cómo tuve tal descaró?
perdón mil veces, Amparo:
Tu retrato está en el Cielo.

RAFAEL FERNÁNDEZ-SHAW.

Muerto Carlos III, siguió disfrutando de la regia confianza, siendo en Aranjuez objeto de un atentado, del que resultó ileso. De regreso de París el conde de Aranda, fué destituido Moñino y luego encarcelado. Pero apenas subió al Poder Godoy, Carlos IV volvió a colmar de honores a su antiguo primer Ministro. Cuando éste falleció en Sevilla, en plena guerra de la Independencia, tenía consideración de Infante y tratamiento de Alteza y poseía las más altas condecoraciones españolas.

El condado de Floridablanca le fué otorgado por Carlos III, como premio a sus servicios como embajador en Roma. El nombre del título fué escogido por el propio Moñino, que escribió al Ministro Grimaldi: «En lo que toca al título

con que el Rey quiere favorecerme, me parece tomarlo de un pedazo de tierra que posee mi casa, llamado Floridablanca.» Esta hacienda, comprada por Moñino con los ahorros de su bufete, en el partido murciano de Alquerías, tenía su «torre» o casa formal de labranza y recreo. Ahora suele llamarse *la Florida*; en el siglo pasado vino a ser propiedad de los señores de Zabálburu, y hoy lo es de sus hijos los condes de Heredia Spinola.

Muerto sin sucesión directa, a los ochenta y tantos años, el ilustre conde de la Floridablanca—fué enterrado en la Catedral sevillana, junto al sepulcro de San Fernando—pasó su título a su sobrina carnal doña Mariana Moñino Pontejeos Redondo y Sandoval, hija segunda de los marqués de Pontejeos, y condes de la Ventosa.

Esta señora contrajo matrimonio con don Francisco de Paula Castillejo y Ahumada, caballero veinticuatro de Granada y de su Real Maestranza. De este enlace nacieron: una hija, doña María de la Soledad, que casó con don José Manuel Herreros de Tejada, siendo padres de la que luego fué condesa de Vilana, y don José María, que fué el tercer poseedor del título.

Este ilustre prócer, nacido en Granada en 1826, era grande de España de primera clase, maestrante de Granada, senador vitalicio en el reinado de doña Isabel y gentilhombre de cámara con ejercicio y servidumbre de don Alfonso XII.

De su enlace con doña María de los Dolores Sánchez de Teruel y Ansoñi, condesa de Villanueva de Amena de Cozviñar—única hija de don Juan Bautista Sánchez de Teruel, procurador a Cortes por Granada, y de doña María Josefa Ansoñi,—tuvo varios hijos: doña Mariana; doña María de los Angeles, casada con el marqués de Valdeflores; doña María de los Dolores, don Juan Bautista y doña María de las Mercedes, esposa de don José María Márquez.

Don Juan Bautista Castillejo y Sánchez Teruel, IV conde de Floridablanca, nacido en Madrid en 1860 y fallecido no ha mucho, fué doctor en Derecho y maestrante de Granada, y era persona que gozaba de grandes simpatías en la sociedad madrileña. Eligió por esposa a una distinguida dama, que hoy sigue siendo muy estimada y querida doña María de la Concepción Wall y Diego, condesa de Armildez de Toledo, hija de don Isidro Wall y Alfonso Sousa de Portugal, poseedor de este último título, y de doña María Luisa Diego, marquesa de la Cañada.

Hijos de este matrimonio, del cuarto conde de Floridablanca, son: doña María Luisa, actual condesa de la Fuente de Saucó; don José María, que en vida de su padre llevó el título de marqués de Mejorada del Campo; don Isidro, conde de Arenales, casado con una hija de los duques de Aveyro, y doña Dolores, doña Concepción, doña Consuelo y doña Mercedes; una de ellas, la actual duquesa de Almenara Alta.

Al fallecer don Juan Bautista Castillejo, heredó el condado de Floridablanca don José María, que es el poseedor actual y el recién casado con la bella y gentil marquesa de Colomo.

Además de esta rama de herederos de don José Moñino, hay otras que ostentan este famoso apellido y que se honran con tan preclaro ascendiente. Una de ellas es la de la familia del marqués de Acedo; éste lleva el apellido de Moñino en cuarto lugar.

Un don Matías Moñino fué ilustre militar, sobrino de Floridablanca, que se distinguió por su heroísmo en la defensa de Zaragoza, situada por los franceses. Como artillero fué famoso después por sus conocimientos técnicos.

En Murcia, en Madrid, en el Escorial—que debe gran parte de su embellecimiento al primer Ministro de Carlos III—y en otras poblaciones españolas, existen calles importantes con el nombre del conde de Floridablanca.

Sigan sus actuales poseedores enalteciendo el condado con actos que, sin duda, serán, como cumple a tan noble matrimonio, beneficiosos para su Rey y para su Patria.

DIEGO DE MIRANDA

LA VILLA MOURISCOT

CASA BALDUQUE

Bombones selectos—Marrons
Glaces—Caramelos finos.

Cajas para Bodas
SALON DE TE

Serrano, 28

Vida Aristocrática

DIRECTOR - PROPIETARIO
ENRIQUE CASAL (LEON-BOYD)



La figura de la señorita Cristina de Arteaga y Falguera ha adquirido un relieve extraordinario últimamente, no sólo en la sociedad madrileña, sino en toda la España culta. Las cualidades de erudición, elocuencia y talento que la adornan, unidas a su belleza y sus entusiasmos juveniles, hacen que sea un motivo de legítimo orgullo para nuestro país la noble hija de los duques del Infantado.

Fotografía Willy Coch, San Sebastián.

Año V.—Núm. 114
31 Marzo 1924

ANGÉLICA PALMA

Fué, hace ya algunos años, en Lima, la

... Lima del Virrey,
de don Ricardo Palma y el General Lamar,
de Rosa y de Toribio, y de Atahualpa, Rey...

como me escribía recientemente en una deliciosa epístola el ilustre poeta Andrés Eloy Blanco.

Transportémonos con la imaginación a la casa de un literato insigne, y véamosle allí, en su patria, teniendo junto a sí a una de sus hijas, y muy cerca de ambos un poeta magnífico, cuyo nombre, como los de aquellos que le acompañan en este momento que evocamos, repiten y repetirán las generaciones en uno y otro continente.

El dueño de la casa tiene el tipo perfecto del hidalgo de tierras hispanas; su amigo, más joven que él, es feo de cara; la hija, aún niña, es linda, simpática y soñadora.

La hija tiene un álbum, y el amigo poeta está escribiendo en él unos versos. La niña espera con emoción leer las rimas que el lirico traza. El padre sonríe satisfecho...

—Ya está— exclama el poeta, devolviendo el álbum a sus dueños.

El padre y la hija leen lo escrito con avidez. Y los versos dicen así:

*Tu bella alma solitaria,
como una esencia ideal,
halló en tu forma carnal
femenina urna estatuaria.*

*Tu lindo rostro de rosa
una rara estrofa alegre;
tus labios con rima rosa,
tus ojos con rima negra.*

*Y con el alba naciente
que en tu pura frente está,
eres, Angélica, la
bella del bosque durmiente.*

*Saluda, niña gentil,
a Brocelianda mi amiga,
cuando en los aires de abril
rijas tu alada cuadriga
en tu carro de marfil (1).*

El poeta se llamaba Rubén Darío.
El hidalgo escritor, Ricardo Palma.
La hija, Angélica.

Angélica Palma nació en Lima. A los once años vino, con su padre, el ilustre autor de las «Tradiciones peruanas», a España, al Congreso Literario que se celebró en Madrid y en el cual don Ricardo representaba al Perú.

Don Ricardo Palma, hombre afectuosísimo y cordial, sostenía constante correspondencia con muchos escritores de España y de Sudamérica. Y su costumbre de leer las cartas recibidas, en alta voz, ante sus familiares, fué habituando a sus hijos a la literatura. Y la semilla fructificó. Clemente, uno de los hijos, periodista brillantísimo del Perú, es director de la revista «Variedades» y de «La Crónica», importante diario ilustrado limeño, y autor, además, del libro «Cuentos malévolos», obra fuerte, vibrante, en la cual hay páginas que sólo admiten comparación con Dostoiewski o con Edgar Poe. Y Angélica—que reside temporalmente en España desde 1921, con sus encantadoras hermanas Augusta y Renée—: «es hoy una notable escritora, novelista de grandes vuelos», en sentir de Andrés González-Blanco.

Angélica empezó a enviar trabajos—un cuento fué lo primero—a la revista «Hojas Selectas», de Barcelona, firmando con el pseudónimo

(1) Esta poesía ha sido publicada recientemente en el volumen de Rubén Darío «Baladas y Canciones», con un prólogo de Andrés González-Blanco, el admirable crítico. (Madrid, librería Renacimiento, 1923.)

Marianela. Eduardo Marquina, el gran poeta y dramaturgo, dice, a propósito del pseudónimo de Angélica Palma, en un artículo consagrado a la novela «Vencida»—de que después hablaremos—en el número de mayo-junio de 1920 de «Raza Española»: «Ya el seudónimo que la autora había adoptado, *Marianela*, predisponía mi voluntad a un franco movimiento de simpatía. Los motivos espirituales que habían determinado esta adopción, no eran vulgares: la más ferviente, ingenua, dulce y abandonada de las heroínas galdosianas no puede tener amigas que no la merezcan... Podemos resignarnos



La distinguida escritora Angélica Palma nos favorece con el siguiente autógrafo:

«... A aquellos mozos selectos una noble intuición les dijo que el arriivista de la juventud será el logrero de la edad madura, y, desdenando fáciles provechos, fueron románticos a su hora, y por serlo supieron, como quiere Guyau, agir et fleurir tout ensemble.

ANGÉLICA PALMA.»

al peso incongruente del nombre que nos imponen los padrinos, antes de conocernos; no escogemos otro, llegado el momento, sin marcar involuntariamente, al escogerlo, predilecciones del corazón, afinidades del temperamento... ¡*Marianela*! Fervor, ingenuidad poética, espíritu de sacrificio, y todo esto en un marco de esquivia rusticidad...

Esta novela «Vencida», de costumbres limeñas—en cuyo mismo volumen va «*Morbis aureus*»,—, es la primera de su autora, y está editada, con ilustraciones de Carlos Vázquez, por la casa Salvat, de Barcelona, en 1919.

«Vencida» es la historia de una mujer que

asume por sí y ante sí la responsabilidad de su vida. Nelly Casamayor, la protagonista, tipo trazado con admirable verismo, sufre desengaños en su existencia; desengaños hondos, fracasos dolorosísimos... hasta el fracaso más profundo, más aniquilante, más atroz: el fracaso de su corazón. Y esta caída es para Nelly el comienzo de su ocaso. Las dolencias del corazón son las más difíciles de curar. Nelly, debilitada su naturaleza por la intensa pena, contrae una enfermedad al pecho. La tuberculosis—único padecimiento lógico para una mujer admirable como Nelly—hace su estrago. Y Nelly Casamayor

muere tísica... «¿Vencida...?»—se pregunta Marquina en el aludido artículo—En todo caso, se trataría de un vencimiento como el de los mártires; porque la autora tiene buen cuidado de advertirnos, en el momento oportuno, que con bien poco esfuerzo, mejor dicho, sin ningún esfuerzo, «claudicando simplemente de sus íntimas convicciones», no sólo no pagaba con la vida su terquedad, sino que, en apariencia, triunfaba al modo corriente entre mujeres, esto es: traspasando a un nombre, más o menos leal, generoso y amable, la responsabilidad de su existencia y dejándose llevar o haciéndose llevar en palmitas por él, a cambio de renunciar, abúlicamente y para siempre, a la iniciativa y libertad responsable de sus actos.»

La idea fundamental de la novela es de un feminismo encantador, que Angélica Palma apunta en un párrafo de «Vencida»: «Indignábase a veces Alamos con tan sanchopancescos y utilitarios consejos, y proyectaba responderle con dureza, en nombre de la probidad y del deber cívico; pero luego reflexionaba: «¡Pobrecilla! Tiene por todo horizonte el hogar, y por interés exclusivo la familia; ¿a qué voy a contradecirla? ¡No me comprendería! Si alguien le hubiese dicho entonces: «Pues evita que tu hija tenga criterio tan estrecho e interesado; enséñale... que el cariño de la familia no ha de circunscribirse sólo a su bienestar material.» Habría respondido, indignado: «¡No quiero marisabidillas! Que mi hija sea como su madre, sólo mujer de su casa; que se entretenga con modas y rezos, y pare usted de contar...»

Tras dos años de silencio, Angélica Palma publicó su segunda novela, «Por senda propia», con prólogo de José de la Riva Agüero (Lima, 1921), obra a la cual consagró Cristóbal de Castro un interesante elogio en las páginas de «La Esfera» (número del 15 de julio de 1922). Y en 1923, la casa Cervantes, de Barcelona, editó la tercera novela de Angélica: «Coloniage romántico»—premiada en un concurso internacional celebrado en Buenos Aires en 1921—, de la cual hizo un interesante estudio el crítico francés Georges Pillement en la «Revue de l'Amérique Latine», de octubre de 1923.

El género literario preferido por la autora ilustre de «Vencida» es la novela, y en segundo lugar la crítica literaria. Recordemos en este aspecto de la personalidad de Angélica Palma el artículo a la muerte de Pérez Galdós, inserto en el «Mercurio Peruano», y otro sobre la obra «Rosario de Acuña», de don José López Portillo, que alcanzó un importante premio de la Academia Mejicana, correspondiente de la Española.

Como conferenciante, Angélica Palma ha pronunciado muy bellas disertaciones, en que una vez más demostrara su vasta cultura, sus dotes de admirable colorista y su galanura en el decir. Tal aquellas conferencias que dió en el Ateneo de Madrid, en la primera de las cua-

les, acerca de «El nacionalismo en la literatura peruana» (marzo de 1922), fué presentada por Andrés González-Blanco, y la celebrada en abril de 1923, referente al «Acercamiento intelectual hispanoamericano.»

Tal es, en síntesis, la silueta literaria de Angélica Palma. Y si a esto unimos una gran sim-

patía personal, una conversación deliciosa, pródiga en frases de alto valor, tendremos completa la semblanza de la autora de «Coloniage romántico».

No hace mucho se dolía un crítico de que América, que tan magníficas poetisas ha dado al mundo, no tuviese una novelista de fuerza, de verdadera importancia, que pudiese estar en

la prosa a la altura de Juana de Ibarbourou o de Alfonsina Storni en el verso. Sin duda el crítico que tal decía, ignora—grave desconocimiento—que América contaba ya con esa prosista que él, en su buen deseo, soñaba. Y esa prosista llámase Angélica Palma.

CARLOS FERNÁNDEZ CUENCA.

Teatro

COMICO.—*La razón de los demás*, por Pirandello, traducida por Gómez Hidalgo.

PRINCESA.—*El pobrecito carpintero*, por Eduardo Marquina.

La razón de los demás, que ha traducido Gómez Hidalgo, no se parece a los *Seis personajes en busca de autor*. Puede decirse que está en el otro extremo de la concepción ideológica del mundo. La pieza mencionada es una síntesis metafísica y platónica. *La razón de los demás* es un análisis psicológico de un sólo aspecto de la personalidad humana. La primera obra es un universo en miniatura; la segunda, un rincón del alma visto con cristal de aumento; aquélla simboliza una idea de humanidad; ésta es producto de especialización psicológica. Pero una y otra comedia acusan en quien las escribió talento flexible, amplio, capaz de advertir y de incorporar al arte las líneas y matices que componen a los hombres desde lo infinitamente grande hasta lo infinitamente pequeño.

La obra de Pirandello, que ha estrenado la compañía de Sassone, no extraña tampoco por su procedimiento; no difiere del patrón corriente en cuanto a la técnica teatral, ni llama la atención con detalles ajenos a la esencia misma de la obra. Es una comedia en tres actos como otra cualquiera. Pecaría de sobria si la sobriedad fuese defecto.

Su asunto está dicho en pocas líneas.

El periodista y literato Leonardo Arciani, casado con una mujer rica, Livia Albis, tiene una hija fuera de su hogar. Posee la dignidad suficiente para no sostener a su amante y al fruto de su adulterio con el dinero de la esposa. Trabaja con ahinco, aunque sin resultado, para que puedan vivir madre e hijo. Livia conoce las infidelidades del esposo, pero calla y sufre con resignación. Ha comprendido una cosa que es falsa, aunque el autor la da como verdad eje de su comedia: que el hogar lo forman los hijos y que allí donde haya hijos es donde está el hogar. Leonardo llega a contraer deudas enormes. No sabe cómo va a salir del atolladero. Su mujer, que le ama, ofrece adoptar por suya la hija del pecado. Así tendrá nombre y será rica y feliz. Ahora bien, ¿querrá la madre desprenderse de su hija?

En el acto tercero nos hallamos en casa de Elena, la amante de Leonardo. Livia, sobreponiéndose a su orgullo de mujer, viene a buscar a la niña. Elena, como es natural, no quiere entregársela. Ella es madre y a ella corresponden todos los derechos. Será necesario que Leonardo huya con su hija, aprovechando una ausencia momentánea de Elena, para que tenga efecto el sacrificio generoso de Livia.

La comedia de Pirandello descansa sobre un solo sentimiento: el amor maternal. Dentro de la obra nada vale como no sean las relaciones afectivas entre padres e hijos. El hogar—formado sie. apre por el matrimonio, cuyo fin primordial es el mutuo auxilio y no la procreación y educación de la prole—no cuenta para el autor si es estéril. Por ello, de un punto de partida falso se derivan todas las situaciones falsas que hay en la comedia.

No negaré que hay allí también escenas profundamente, intensamente humanas, pero la humanidad llega por otros cauces y reconoce motivos muy distintos a los que presenta el comediógrafo. El acto de Livia al recoger en su casa una niña que no es suya y que simboliza una ofensa grave a su dignidad de esposa y de

mujer enamorada, es un acto de caridad y de perdón al marido infiel, nunca un resultado lógico de algo que no logra sostenerse como verdadero.

Por otra parte, Leonardo no merece el sacrificio de Livia. Es un egoísta que no quiere ni a la mujer ni a la amante. Cabe también la duda de si puede querer a su hija. Si un individuo es hombre o solamente el macho de la especie humana, se infiere de cómo trata a las mujeres. Leonardo las trata como a seres únicamente materiales. Livia, y Elena son ejemplos. El amor de padre, es producto exclusivo de los hombres. Leonardo no es hombre. No hay que fiarse, pues, del cariño que cree profesar a su hija y que será en él un fracaso semejante al que le acompaña en la literatura.

Toda especialización lleva en sí defectos que la vida se encarga luego de descubrir. No es posible estudiar el amor de padres a hijos desligado de las otras afectividades que la acompañan, le dan valor y son fundamento de las reglas morales que impone la razón cuando se aplica al mundo afectivo.

De la interpretación escénica, exceptuando a María Palou, más vale no hablar.

Eduardo Marquina califica su nueva obra estrenada en la Princesa de «cuento de pueblo». No hay, pues, que pensar en las reglas clásicas de la tragedia o la comedia para apreciar sus méritos o equivocaciones. Confesaré, ante todo, que la balanza se inclina del lado de aquéllos y que los errores son escasos. *El pobrecito carpintero* añade en el haber literario de su autor dosis no pequeñas de merecimientos.

La nueva producción de Marquina puede ponerse al lado de esas fantasías poéticas, pero con muy firme apoyo en la realidad, que se representan en París en el Vieux Colombier o en *L'Oeuvre* y que luego estimamos en España como lo más moderno y acabado de la dramaturgia y la técnica teatral.

Tienen estas piezas de antiguas y de contemporáneas por responder a varios órdenes y a diversos grados evolutivos de la humanidad. Simbolizan algo así como el eclecticismo llevado a la escena. El procedimiento para darles feliz remate consiste en conocer la historia del teatro y combinar, con el mayor arte de que pueda disponer el autor, dos, tres, cuatro métodos de técnica escénica escogidos cada uno en un siglo diferente, esto es, en períodos que marquen entre sí una diferencia bien acusada de gusto por ser distintos los medios sociales y distinta la cultura general que va de unos a otros.

Así se escribe un «cuento de pueblo» con destino a un público aristocrático y erudito. La acción, el círculo social, los personajes de *El pobrecito carpintero* se ofrecen como la rusticidad misma. Pero el autor tiene el talento de realzar y aun sublimar la rudeza con pasiones fuertemente humanas, condición que las eleva de las divisiones sociales y las hace entrar en el interés de todos los hombres. Hace más todavía. Fija, señala, delimita, con toda precisión, valiéndose de un procedimiento literario y teatral antiguo, el bien y el mal. Desde el comienzo sabemos quiénes son los buenos y quiénes los malos, lo cual, aunque se opone a las leyes de la psicología de nuestro tiempo, es perfectamente legítimo en una obra poética donde la fantasía sustituye con ventaja a la observación minuciosa. Además, un cuento de pueblo ha de tener un desarrollo sencillo. Es necesario, pues, ordenar en seguida las fuerzas que van a entrar en juego, a fin de que no se confundan unas con otras. En obras de esta clase no cabe traidor. Los malos lo son de por sí, por naturaleza propia, sustantivamente malos. Un ser que oscila entre la virtud y el vicio, entre el bien y el mal, o que finja sentimientos contrarios a los que alberga en su alma, tiene su puesto en comedias y novelas realistas, nunca en obras eminentemente poéticas como la nueva de Marquina.

La Abuela, personaje encarnado en María

Guerrero, y la viuda Romero, son aquí los dos principios respectivos del bien y del mal, que lucharán con denuedo durante todo el transcurso del cuento dramático para terminar, como puede colegirse, por el triunfo de la Abuela y el aniquilamiento y la ruina de la mala mujer que es causa de cuantos males ocurren en el pueblo.

Tiene *El pobrecito carpintero* cierto matiz de tragedia clásica. Si Antoñón quiere partir el pecho a su camarada José, porque los dos aman a la misma mujer, no ha de atribuirse el odio a mala entraña del muchacho sino a las exigencias del destino, o del hado que simboliza ahora la viuda Romero. Esta y la Abuela, tipo confuso, poco real, hada buena como las que regalan varitas de virtudes, juegan con los demás personajes de la obra cual si tuviesen empeñada una partida de ajedrez. La Abuela pretende que todos sean felices y que exista armonía entre todos los amores puros que se dan en el hombre. ¿Por qué el cariño de Gracia y José el carpintero ha de constituir un obstáculo para el amor que profesa José a su hermana Susina? Los conflictos que va forjando la viuda Romero en su intención de perder a su hijastra Gracia, a José—al que quiere para ella con malos fines—, a Rosa, la abandonada de Antoñón el herrero y a la propia Abuela, los destruye la Abuela poco a poco. Ella prepara las circunstancias para que todos se salven de la mala mujer. Una vez en el monte los buenos, la Abuela incendia la casa y los bosques de la viuda Romero, que queda por completo arruinada, jella, que se creía tan poderosa, tan inexpugnable en medio de sus riquezas!

El público celebró con preferencia el segundo acto. ¿Por qué quizá es el mejor? De ningún modo. Nos parece el más intenso, el más dramático, el de humanidad más perceptible, porque en la armonía general de métodos de técnica, a que antes me referí, es donde suena lo que es propio de nuestro siglo, el aspecto emotivo que corresponde a la manera particular de la vida y los sentimientos de ahora. El cuarto acto, por el contrario, es un cuento de niños, una leyenda aurea medioeval. Por fuerza tiene que impresionar menos la sensibilidad contemporánea. En un *potpourri* de aires regionales diversos, a los aragoneses les gusta más la jota, a los gallegos la muñeira, y así sucesivamente. Esto ocurre con el segundo acto de *El pobrecito carpintero*, que es el de nuestra generación, el que rima con nuestro modo de comprender la vida y el arte dramático.

Marquina ha triunfado de nuevo sobre la escena española, tan necesitada de autores como él y de obras como la suya. Puede entrar muy bien este «cuento de pueblo» en los repertorios escogidos de los llamados teatro de arte. El autor no quiere dejarse sin cultivar ninguna parcela del jardín Melpómene y Talía y ha compuesto una pieza parecida, por el pensamiento y la técnica, a las de Claudel y Ghéon.

Los versos de *El pobrecito carpintero* son trasunto de la ruda senillez ambiente. ¿Por qué no habrá escrito el autor su cuento en prosa rítmica, como los versículos de la Biblia, a la manera de Claudel? A mi humilde juicio, dicha forma, o vestidura externa, de una producción como la última de Marquina hubiera sentado mejor a su fondo que las estrofas donde campea un perpetuo *enjambement* (en castellano se dice *encabalgamiento*, aunque no consigne la palabra en ese sentido el Diccionario de la Academia) que, adrede, rompe la melodía. Sin embargo, la pieza abunda en imágenes felices y en situaciones en que la idea y su expresión hablada son como una misma cosa indivisible.

En la interpretación sobresalen María Guerrero, la actriz admirable de siempre; sus hijos Fernando y Carlos Díaz de Mendoza y Guerrero, Josefina Tapias y Ana Guerrero. Mención especial merece la niña Conchita Fernández, que hizo el papel de Susina y que será con el tiempo, a buen seguro, una excelente actriz.

LUIS ARAUJO-COSTA.

DE UN LIBRO DE DON FRANCISCO SILVELA

LAS RECOMENDACIONES DE UNA ILUSTRE DAMA

La devoción de don Jorge Silvela por la memoria de su insigne padre y la valiosa labor de ordenación, acotamiento y aclaración realizada por el Académico de la Historia don Félix de Llanos y Torriglia, han hecho que la obra, publicada hasta ahora, del inolvidable don Francisco Silvela y Le Vielleuze, haya tenido su complemento en los tres tomos que han visto recientemente la luz, conteniendo una interesante serie de artículos, discursos, conferencias y cartas que, coleccionados hoy, dan por sí solos medida del talento, cultura e ingenio y de las cualidades de hombre de gobierno del que fué Presidente del Consejo de Ministros.

Pero en estos trabajos, que constituyeron en su tiempo otros tantos éxitos, se advierte siempre, además del político y el patriota, el escritor admirable. No es propio de la índole de esta revista detenernos a examinar ninguno de los discursos o artículos políticos de Silvela; mas entre las páginas de uno de los tomos, hemos hallado una crónica dedicada a la muerte de una piadosa e ilustre dama, estimadísima en la sociedad española, y en ella, al mismo tiempo que resplandece una figura digna de recordación, se nos lega, por conducto de la pluma de don Francisco Silvela, una serie de consejos patrióticos, inspirados en la efusión de una ardiente fe, verdaderamente ejemplares.

Fué doña Trinidad Grund de Heredia una señora que conoció los más intensos dolores y demostró las más altas virtudes. Dueña de una brillantísima posición en Málaga, disfrutó muy poco tiempo de felicidad, pues su esposo don Manuel Heredia no tardó en fallecer, dejándole dos hijas. Estas, sin embargo, no pudieron ser su consuelo. ¿Por qué? El señor Silvela, nos lo explica de esta suerte:

«A las once de la noche del 29 de Marzo de 1856, entraba en el Estrecho de Gibraltar el vapor *Minio*; en él había tomado pasaje doña Trinidad con sus dos hijas, su cuñada María Heredia, y algunos otros parientes y amigos para trasladarse a Sevilla. El mar estaba tranquilo y la luna lucía clara en un cielo sin nubes y en un horizonte sin niebla; numerosas y principales familias de Málaga y Almería que acudían a las funciones de la famosa feria, disfrutaban sobre cubierta de los encantos incomparables de una noche primaveral en el Mediterráneo y miraban acercarse las luces de otro buque que avanzaba en rumbo contrario, preparándose a saludarlo alegremente cuando pasara rozando su costado; mas una incomprendible ceguedad en la maniobra, determinó un choque de proa que abrió en el vapor español una brecha espantosa; el número extraordinario de viajeros y la rapidez con que se sumergía el buque hacían casi imposible el salvamento; sólo hubo espacio para que un sacerdote, sobre el puente, diera la absolución a los aterrados pasajeros y la pidiera para sí al Señor; doña Trinidad, que comprendió lo inútil de todo esfuerzo para salvar a sus hijas, se abrazó a ellas, y encomendando su alma a Dios, se dejó arrastrar por el remolino que el casco destrozado producía al hundirse en el abismo. La violencia de las aguas la aturdió unos instantes, y empujada por un banco de a bordo que se había enredado en sus vestidos, apareció en la superficie; pero, en el momento de desmayo, el torbellino le había arrancado sus hijas de los brazos y a aquella impresión de dolor, en la que no se puede poner el pensamiento sin estremecerse, aun por los que sólo lo hemos oído referir como suceso de larga fecha, la hizo entregarse desmayada y sin sentido al mar, que no la quiso para sí y la sostuvo milagrosamente y sin hacer nada ella para salvarse, y como muerta la recogieron en

un bote, donde se habían amparado algunos pocos naufragos.

Al recobrar el sentido en la orilla, que no estaba lejana, y recordar que el mar le había arrebatado de sus brazos sus hijas y las había sepultado allí mismo, dejándole cruelmente la vida para que aquella impresión horrible de dolor se mantuviera y pudiera lloverla por años perdurables, el alma de doña Trinidad debió sufrir lo que no puede intentar referir la pala-



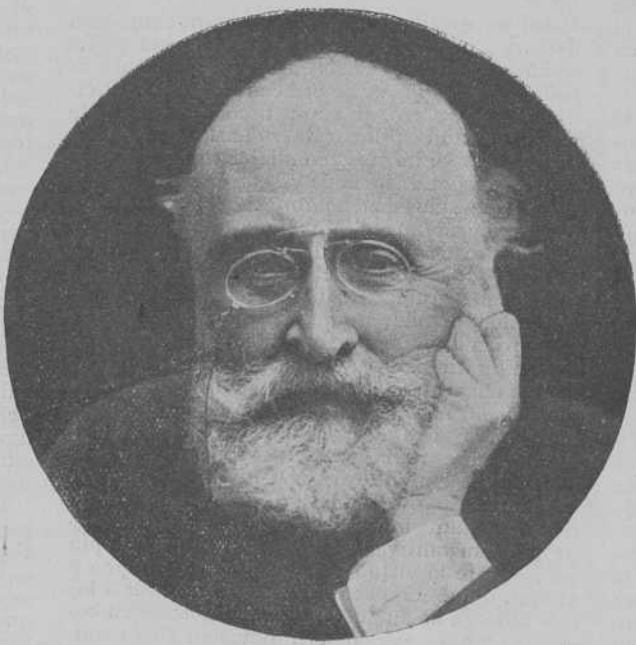
El ilustre hombre público español don Francisco Silvela, en 1864

bra humana; y allí hizo profesión y votos perpetuos de dolor para ella, de alivio, caridad, abnegación y desprendimiento para con el prójimo.»

Transformóse, en efecto, la vida de doña Trinidad Grund. Dedicada por entero a la caridad, su vida fué desde entonces de constante sacrificio.

El señor Silvela la refiere y comenta con la entusiasta alabanza que merece. Pero lo más admirable de esta dama, lo que revela la grandeza de su alma lo cuenta el ilustre político al hablarnos de sus últimos instantes.

Llegó a Málaga el señor Silvela, para visitar-



Último retrato de don Francisco Silvela y de Le-Vielleuze

la, cuando ya sabía que el pronóstico señalaba a la enferma muy pocos días de existencia. Ya había recibido el Santo Viático con la serenidad del justo.

«Cogió mis manos entre las suyas con efusión,— escribe don Francisco Silvela,— y me dijo con cortas alteraciones de forma, de que no puede responder en absoluto mi memoria, estos conceptos que son precioso resumen de las convicciones y observaciones de una vida entera de abnegación, de meditación y de sacrificio:

«Has venido muy tarde este año, y yo te esperaba con impaciencia, aunque estaba muy segura que no me había de morir hasta haberte hablado; por eso encargué que vinieras aquí desde la estación, aunque tú, sabiendo como estoy, lo habrías hecho sin decírtelo. Nunca te hablé de política ni es bien que las mujeres hablen de ella; yo no soy ya una mujer; yo soy un alma, que antes de comparecer ante Dios, quiere decirte lo que siente y lo que ve en esta hora, que es de claridad y de luz, cuando de veras es la última, como es ahora la mía.

«No creas nunca, ni pienses, ni dejes entender a los demás que lo piensas, ni le induzcas a creer jamás que la política, que es el negocio más importante de la vida, se puede ni debe separar de la Religión y de la Fe: en éstas se encierran todas las enseñanzas prácticas de la moral, y en ellas está el alimento preciso del espíritu, sin el que los hombres necesariamente se corrompen y se envilecen, y los pueblos se pierden, se acobardan, y si les llega un momento de peligro, se humillan o se desesperan y destrazan.

«Gran daño fué para España perder su Unidad Católica; y cuando se hizo su Restauración, yo escribí a Cánovas y firmé exposiciones e hice lo poco que yo podía para ayudar a restablecerla; pero si ya no tenéis fuerza para volver atrás, no perdáis por eso como idea, que debéis profesar sobre todas, la de que las leyes que hagáis, y la conducta que sigáis aplicándolas, se dirijan a mantener viva en los corazones sencillos del pueblo la fe en el Dios del cielo y en los Santos y en las Vírgenes de sus altares; y en el alma del soldado y en la conciencia del juez, ese sentimiento de una vida eterna y de un Ser que es Soberano de nuestras almas, y que ha de juzgarnos y premiarnos, e igualmente igualarnos a los felices y desgraciados, a los grandes y a los pequeños.

«No sabéis bien los que no tratáis al pueblo en los dolores de su hogar qué recursos encuentra el alma en la Fé en los momentos de prueba, aun en aquellos que han aprendido y practicado poco y mal, pero que han creído y han amado algo espiritual y sobrenatural, siquiera en algunos días de su vida.

«Ya sé que los pueblos viven mucho y resisten muchos errores de las leyes y de los Gobiernos; pero los que dirigís conciencias ajenas, tenéis gran deber y pesada responsabilidad en dirigir las al bien con la acción y con el ejemplo, y piensa que te lo dice una moribunda que ha pasado la mayor parte de su vida consagrada a consolar desgracias. Yo no sé bien lo que tú podrás hacer por la Religión y la Fé Católica; pero tú lo debes hacer, y lo que yo ante Dios y en la hora de mi muerte te digo, es: que aquello que puedas hacer, lo hagas; y que lo que te parezca que no puedes hacer, lo intentes; porque el consuelo para el que sufre, la energía para el que pelea, el amor a la justicia en el que manda o en el que juzga y la resignación en el que obedece, todo lo que es bueno, y lo que se pide a un Gobierno y a un pueblo bien ordenado, *todo, todo, todo*,— y aquí alzaba su voz y apretaba mis manos contra su pecho,— se aumenta, y se sostiene, y vive, y se multiplica por la Religión y por la Fé.

Adiós, ya no nos veremos más; vete a descansar al campo, que bien lo necesitarás. Yo no deseo morir; quiero a los míos y me queréis todos: me hallo bien sobre la tierra; pero quiero sobre todas mis aficiones y deseos lo que sea la voluntad de Dios, y siento que mi hora se acerca; recibe mi bendición y di que me dejen sola; este

RECUERDO DE UNA FIESTA (ANTE UN CRUCIFIJO)

¿Qué tendrá que arrodillado a los pies del Crucifijo gime y llora sin consuelo el dulce Tomás de Aquino? Espíritus bienhadados que bajáis del alto empyreo en los senos misteriosos de las nubes escondidos, para prestar a los hombres en sus angustias, auxilio, Venid... ángeles que un día en vuestros brazos dormido, al son de vuestros cantares vistéis a Tomás de Aquino coronado de guirnaldas, de azucenas y de lirios...
¡Oh, bajad, y acudid presto a darle en su pena alivio! Las manos tiene enlazadas, y lloroso y encendido aquel rostro, al que ilumina un claror del Paraíso; y al cielo vueltos los ojos, como si allí hubieran visto a Dios, el ensueño eterno de su corazón bendito.
Y es tan hondo su quebranto, y tan hondos sus suspiros, que más que un santo, semeja pecador arrepentido...
¡Oh, bajad, ángeles santos, espíritus del empyreo, que es hermano vuestro, y llora sin consuelo y sin alivio!
¿Por qué llorarán los ángeles? ¿Y por qué llora el de Aquino?...
Hallándose en oración, postrado ante un Crucifijo, como en amores ardía, pensaba en su Amor, divino; y al verle puesto en la Cruz, desangrado y dolorido, sintió toda la amargura de un desconsuelo infinito; y ansias de llorar a mares, y anhelos desconocidos de morir él con Jesús, o bajarle del suplicio.
Y entre sollozos profundos, y lágrimas y gemidos, tendiendo a la Cruz las manos, con trémulo acento, dijo:
«Ven, Jesús, ven a mis brazos, sea tu cruz el pecho mío, que si el amor te retiene clavado en ese patíbulo, no falta amor a quien tiene su pecho de amor herido.
Dobla, ¡oh, Cruz!, tus recios brazos, que a mí parecen tendidos, y dame a Jesús, que quiero adormecerle en los míos.
Dame a Jesús, al amor por quien muero, por quien vivo...»
... Calló, y vió que se animaba la imagen del santo Cristo; que se abren aquellos ojos, que aquellos labios divinos, plegándose suavemente, sonríen; y al tiempo mismo, sintió que dulces palabras resonaban en su oído:
«Bene Scripsisti de Me», la sagrada imagen dijo:
«¿Qué quieres?... Habla, Tomás, porque es tuyo el amor mío. Pídemelo el cielo... Si quieres, pide aún más...» Estremecido sintió lleno el corazón de un amor grande, inaudito, y temblando murmuró, besando los pies del Cristo:
«Sólo a Vos quiero, Señor; sólo a Ti quiero, amor mío, sólo a Ti, en la Cruz clavado,

es el último esfuerzo que hago por las cosas de este mundo; me he cansado; ya no quiero pensar sino en Dios.»

Tales fueron las frases pronunciadas, al borde de la tumba, por doña Trinidad Grund de Heredia. Recogidas amorosamente por el señor Silvela, figuran en la notable necrología que

exánime, escarnecido...»
Así dijo tembloroso el blanco lirio de Aquino; y al verle al pie de la Cruz, arrodillado y rendido, fijos los llorosos ojos en los dolores de Cristo, más que hombre mortal, parece flor prendida en un espino, o un ángel junto a la Cruz, llorando el edén perdido...
¡Oh, lágrimas regaladas!
¡Oh, suavísimo deliquio!
¡Oh, quién quisiera, y llorara, y amara, como el de Aquino!

JOSÉ CUESTA.

S. A. R. LA INFANTA DOÑA ISABEL

Como nacida en Madrid, es la primera dama española, la más augusta, la más noble, la más señora en linaje, alma y corazón, a quien tributo admiración profunda y honda simpatía.

«¡La Infanta Isabel!» Así la llama su pueblo; el Madrid que la quiere y aclama con el más vivo entusiasmo; la Infanta demócrata y sonriente que no tiene enemigos por buena, simpática, hidalga y caritativa hasta rebasar los límites de la generosidad a costa de sí misma.

Todos lo sabemos; en su afán de aliviar miserias, de enjugar lágrimas, da más de lo que puede; deposita su óbolo en las suscripciones públicas y cumple la caridad del Evangelio llevando el consuelo donde nadie sospecha. donde sólo Ella sabe, donde su bondad queda oculta sin ostentación ni vanidad, porque «hasta su mano izquierda ignora lo que la derecha ha dado»; por esto esas dádivas ignoradas, envueltas en la fragancia purísima que la adulación no mancilló, conviértense en flores que el Rey de Reyes teje en celestial corona para la que fué Princesa de Asturias dos veces.

Ella es la Infanta sencilla que solemniza, con su venerada figura, lo mismo la regia fiesta del Palacio donde nació, que la clásica y humilde del Madrid modesto donde más vibra el sentimiento del pueblo de manolas y chisperos. ¡El Madrid típico no se comprendería ya sin su Infanta castiza! ¡Perdería su encanto el barrio de la Paloma y faltaría la alegría en él si no fuera visitado por aquélla que, al confundirse entre los pobres de la barriada alardeando de un madrileñismo neto, hácese en el corazón de los suyos tan soberana, como si hubiese ceñido la diadema que, al nacer Ella, parecía esperarla.

Hija primogénita de Isabel II, sufrió muy joven las amarguras de la lejanía de una Patria tan amada que, en días gloriosos de Restauración, volvió a estrecharla en sus amorosos brazos para no desprenderse de Ella jamás, siendo por su gran talento, discreción y prudencia, la segunda madre de sus hermanas menores y la sabia consejera del Rey Don Alfonso XII su hermano, en los difíciles negocios de Estado.

La vasta cultura que posee; sus aficiones y dotes excepcionales, cultivadas en los primeros años por el estudio y la lectura, y después en sus viajes por Europa; sus sentimientos artísticos que reveló principalmente como hábil pianista, haciendo vibrar las emociones de su alma, todo hace que justamente se la considere como una de las Princesas más cultas del mundo, dejando tras sí el grato recuerdo de su claro ingenio, simpatía y afabilidad imponderables.

En América, donde fué representando a España, su nombre pronúnciase con cariñoso entusiasmo, como si Ella fuese un emblema sagrado, poema de dulce añoranza y florido augurio entre la madre Patria y sus hijas amadas.

Española y madrileña, castiza e hidalga, es para cada madrileño un rayo de sol de su tierra y una mujer bendecida para cada español. Ella es algo tan unido a la Patria que, al amar a España, se la ama a Ella; y al decir ¡Infanta Isabel!, decimos gloria de la Raza, santa de Caridad, luz de Hispania y risa del cielo que en su alma puso un ensueño de bondad y un tesoro de noblezas.

TORRES DE GUZMÁN.

este dedicó a la inolvidable dama. ¡Hermosas palabras, que ahora hemos podido leer con honda emoción, merced a la colección de trabajos del ilustre político que don Jorge Silvela y don Félix de Llanos y Torriglia, han dado a la publicación, haciendo con ello una obra justa y patriótica!

POETISAS FAMOSAS A LA LUNA

I

¡Con qué pura y serena transparencia
brilla esta noche la luna!
A imagen de la cándida inocencia,
no tiene mancha ninguna.
De su pálido rayo la luz pura
como lluvia de oro cae
sobre las largas cintas de verdura
que la brisa lleva y trae.
Y el mármol de las tumbas ilumina
con melancólica lumbre,
y las corrientes de agua cristalina
que bajan de la alta cumbre.
La lejana llanura, las praderas,
el mar de espuma cubierto,
donde nacen las ondas plañideras,
el blanco arenal desierto.
La iglesia, el campanario, el viejo muro,
la ría en su curso varia,
todo lo ves desde tu cenit puro,
casta virgen solitaria.

II

Todo lo ves, y todos los mortales
cuantos en el mundo habitan,
en busca del alivio de sus males,
tu blanca luz solicitan.
Unos para consuelo de dolores;
otros tras de ensueños de oro,
que con vagos y tibios resplandores
vierte tu rayo incoloro.
Y otros, en fin, para gustar contigo
esas venturas robadas,
que huyen del sol, acusador testigo,
pero no de tus miradas.

III

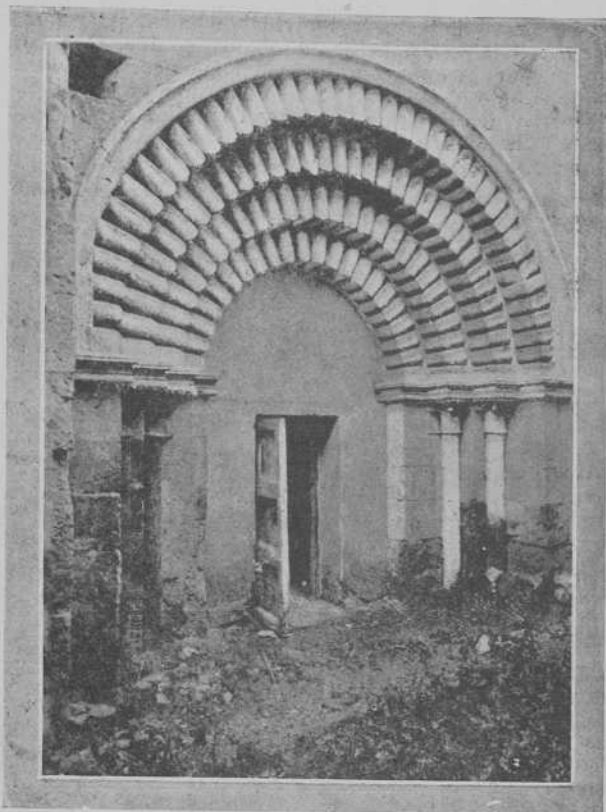
Y yo, celosa como me dió el cielo
y mi destino inconstante,
Correr quisiera un misterioso velo
sobre tu casto semblante.
Y sueña mi exaltada fantasía
que sólo yo te contemplo,
y como que es hermosa en demasía
te doy mi patria por templo.
Pues digo con orgullo que en la esfera
jamás brilló luz alguna
que en su claro fulgor se pareciera
a nuestra cándida luna.
Mas ¡qué delirio y qué ilusión tan vana
esta que llena mi mente!..
De altísimas regiones soberana
nos miras indiferente.
Y sigues en silencio tu camino
siempre impasible y serena,
dejándome sujeta a mi destino
como el preso a su cadena.
Y a alumbrar vas un suelo más dichoso
que nuestro encantado suelo,
aunque no más fecundo y más hermoso,
pues no le hay bajo el cielo.
No hizo Dios cual mi patria otra tan bella
en luz, perfume y frescura;
sólo que le dió en cambio mala estrella,
dote de toda hermosura.

IV

Dígame, pues, adiós, tú cuanto amada,
indiferente y esquiva;
¿qué eres al fin, ¡oh hermosa!, comparada
al que es llama ardiente y viva?
Adiós... adiós, y quiera la fortuna,
deshonrada doncella,
que tierra tan feliz no halles ninguna
como mi Galicia bella.
Y que al tornar viajera sin reposo
de nuevo a nuestras regiones,
en donde un tiempo el celta vigoroso
te envió sus oraciones,
en vez de lutos como un tiempo, veas
la abundancia en sus hogares,
y que en ciudades, villas y aldeas
han vuelto los ausentes a sus lares.

ROSALÍA DE CASTRO

ZAMORA Y SU BELLA CATEDRAL ROMÁNICA



Puerta del Obispo de la Catedral.

DESDE Salamanca a Zamora el tren atraviesa llanuras que parecen interminables, secas, casi sin accidentes que las maten. De vez en vez, algún monte sin importancia, aislados grupos de árboles, que acusan la presencia de cursos de agua, lomas enhiestas, coronando las amarillentas ondulaciones del terreno, sobre las cuales brilla el sol con poderosos fulgores... Apenas se advierten en la enorme extensión las pintorescas manchas de los poblados... En todo el recorrido de 66 kilómetros, cansado, fatigoso, nos salen al paso cinco estaciones modestísimas y a un apeadero: Valducil, Huelmo de Cardenoso, Villanueva de Cañada, Cubo, Corrales, Perdigón... Estos nombres no dicen nada a la memoria, ni a la imaginación. ¡Dichosos los pueblos que no tienen historia!... Una espléndida vista nos conmueve y nos emociona, al cabo. Es la corriente maravillosa del Duero, bordeada de árboles, con lindas isletas cubiertas de pinos, que interrumpen alguna vez su curso. Luego se dibujan en el horizonte unos lienzos de negras murallas, que nos hacen adivinar la ciudad heroica; el tren se detiene, al fin; he aquí a Zamora, que nos brinda su hospitalidad sosegada y sencilla, de capital provinciana.

Ante este legendario recinto de Zamora nos detenemos un poco perplejos y asombrados, dudando si se trata de una ciudad de nuestra época o de una fantástica evocación de viejas edades. Pocas otras de España conservan tan bien su carácter, así en su fisonomía externa como en su estructura interior. Toda ella trasciende a leyenda de tiempos heroicos y nos habla del Romancero.

De rudas y gloriosas luchas entre cristianos y moros nos cuentan cien hazañas las vetustas murallas, ruinosas en algunos lienzos, flanqueadas por fuertes cubos y ennegrecidas por el tiempo y los rigores del sol castellano. De Rodrigo Díaz de Vivar, la más alta y prestigiosa figura de nuestra epopeya popular, es evocación el solar del Cid, que al pie de los muros zamoranos existe, con su cerca exterior y su románica portada. La puerta de Zambranos, la más bella de las nueve que abren en las murallas, la cual flanquean dos vigorosos cubos, y que es el único recuerdo que subsiste en pie del palacio de Doña Urraca, despierta las memorias de aquella triste Princesa y de la trágica lucha con su hermano el Rey Sancho II.

El fuerte castillo, de romanos cimientos, que aún se levanta al extremo de la ciudad, a pesar del abandono y de la susedad, en que vive, desmoronándose lentamente, cubierto de polvo y cascote y sirviendo de albergue a unas cuantas pobres familias, es por sí solo una indestructible leyenda del heroísmo zamorano, al propio tiempo que una de las construcciones militares más notables y más dignas de estudio que de la lejana época se conservan en España.

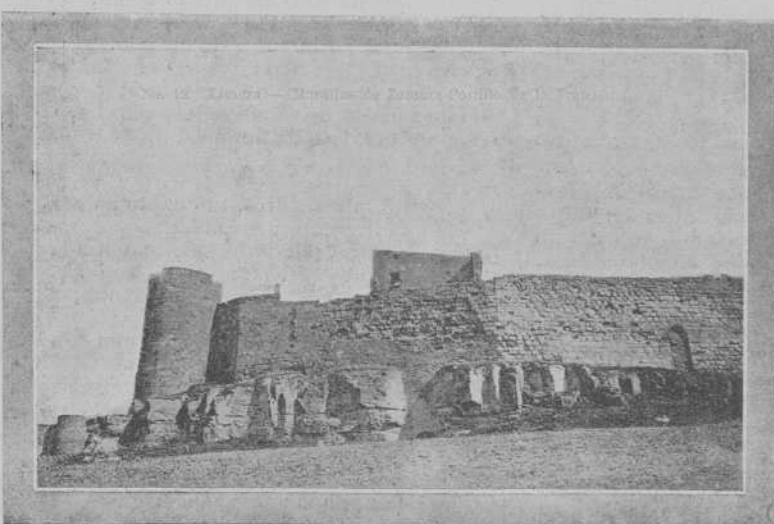
La ciudad se extiende de Oriente a Occidente sobre una alta loma, a cuyo pie corre el Duero, tranquilo y espléndido, perpetuo espejo de sus torres y baluartes. Una bella isla, poblada de pinos y castaños, interrumpe la corriente y la corta en dos brazos. A la izquierda, bajan las calles hacia el río, en peligrosas pendientes. A la derecha, toda la parte de población que ocupa la meseta, es más accesible. Apenas se advierten notas de modernidad en algún bello jardín público, en tal hermoso paseo, como el de San Martín, o en cual elegante edificio, como el del Casino. En todo lo demás, es la misma Zamora de los tiempos medievales, legendaria y heroica, que duerme su sueño de siglos a orillas del Duero caudaloso...

De la antigüedad de Zamora y de la fidelidad con que conserva su carácter, dan fe también sus iglesias, todas las cuales, con una sola excepción, pertenecen al estilo románico. Llamam la atención entre ellas la de la Magdalena, de maravillosa portada y elegante ábside, con artísticos sepulcros en su interior; San Vicente, de majestuosa torre y bella puerta también; la de San Ildefonso, antes llamada de San Pedro, que fué una bella basílica bizantina, y en la cual se guardan los cuerpos de San Ildefonso y San Atilano; la de Santo Tomás, del siglo XV, que fué también basílica; Santa María de Horta, que perteneció al orden del Temple; Santa María la Nueva; San Claudio de Olivares, situada a extramuros, como varias otras de las iglesias zamoranas, en cuyo interior admira la más rica colección de capiteles románicos que puede imaginarse, todos de singular belleza; y entre otros muchos templos, el de San Andrés, excepción en Zamora, pues pertenece a la época del Renacimiento; entre otros detalles de arte, ofrece como muy dignos de ser admirados, dos sepulcros de alabastro, con esculturas yacentes, y un notable retablo.

Las bellas iglesias de Zamora poseen una regular riqueza en imágenes, obras muchas de ellas de notables artistas zamoranos del siglo XVII. Estas esculturas y «pasos» suelen ser ofrecidos a la admiración de las gentes en las magníficas y ya famosas procesiones de la Semana Santa. Y he aquí cómo en las fiestas próximas de Abril, en las que se conmemora la Pasión de Cristo, viene a ser Zamora para Castilla, guardando las debidas proporciones, algo de lo que es Sevilla en Andalucía y Murcia en la región levantina.

No fuera necesario decir que en el admirable conjunto de las viejas iglesias zamoranas, descuella como la joya de más alto valor, la Catedral: un monumento bellísimo, de gallardas proporciones y de severa elegancia. Es la más pequeña y, en su interior, la más alegre de nuestras catedrales, siendo también la más linda de las basílicas de arte románico. Los zamoranos pueden y deben estar orgullosos de su espléndida presea.

Para llegar a la Catedral tenemos que realizar casi una peregrinación, atravesando la ciudad de extremo a extremo; recorrer la calle de Ramos Carrión, el ilustre autor dramático, a quien Zamora cuenta entre sus hijos predilectos; la plazuela de la Yerba, en la cual se levanta la bellísima fachada gótica del palacio de «los Momos»; la plaza de la Constitución, con viejos y feos soporales, a cuya izquierda se alza el menguado palacio municipal, y la calle de la Rua, centro de la vida comercial de Zamora, en la que a cada momento estorba el paso la pintoresca arriería. Al terminar el recorrido, encontramos el hermoso templo, en el fondo y a la derecha de una gran plaza, de piso terroso, lleno de altibajos, de zanjas, cuestas y arroyadas. Detrás de la Catedral encuentranse muy luego las murallas, y a la derecha, un poco distanciado, el alcázar-castillo, que fué muchas veces vecino peligroso, ya que en las luchas heroicas hubieron de reñir entre la basílica y la fortaleza tenaces peleas. Como en Avila, en Sigüenza y en algún otro lugar, la Catedral era en Zamora un baluarte más, de formidable potencia.



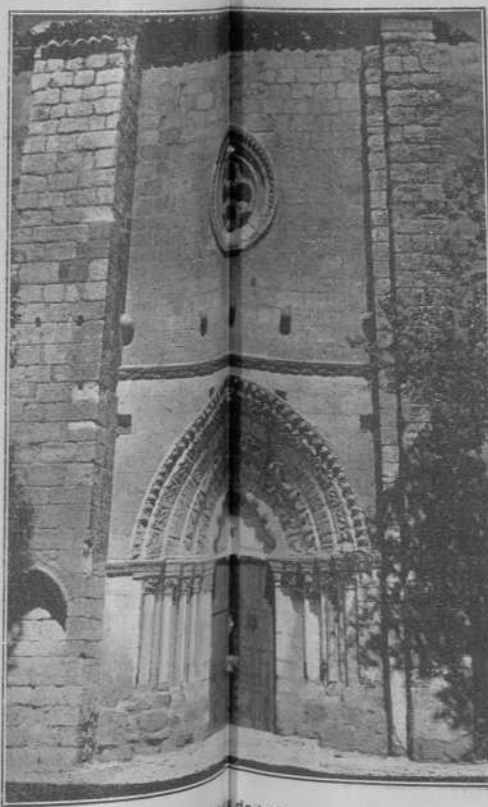
El Portillo de la Traición, en las murallas.

Lo enorme de la distancia influye acaso en la soledad en que la basílica se encuentra casi constantemente, salvo en los días de funciones solemnes. De ordinario, solo hallareis en las horas de misa y en las de coro, aparte de los canónigos y beneficiados, algunas piadosas devotas, que recatan el rostro con los velos, y algún que otro religioso hidalgo, de severo continente, que se siente moicsto ante la curiosidad del turista. Un amable sacristán, que más parece andaluz que castellano por lo parlero, se ofrece a los extraños para enseñarles el templo.

La Catedral zamorana, que pertenece al tipo bor-



Fachada Catedral.



Puerta de la Magdalena.

ción del gusto románico, comenzó a ser construida a mediados del siglo XII. Hasta 1135 aún existían restos de una antigua basílica, cuando Altonso VII, el Emperador, concedió a Bernardo, titulado primer obispo de Zamora, la iglesia de Santo Tomás, para edificar sobre ella la Catedral. Pero ésta no pudo ser comenzada hasta 1151, por el obispo Esteban, que dos años antes sucedió a aquel.

Sostienen algunos historiadores que la catedral se construyó en 23 años y que el propio prelado Esteban tuvo la gloria de consagrarla, bajo la advocación del Salvador, en 1174. El Sr. Lamperez lo pone en duda, creyendo que esto sería un caso rarísimo, sin precedente en la historia del arte. Además, no todo el templo, que consta de tres naves y crucero, responde fielmente a la tradición románica; la construcción debió prolongarse muchos más años, y a esto se deben las diferencias de estructura, por ejemplo, entre la nave central y la del crucero; diferencias que solamente se manifiestan cuando median grandes lapsos de tiempo. Por ello cree Lamperez, que el obispo Esteban solamente consagraria la cabecera del templo, abriendo al culto la capilla mayor.

En las diferencias de estructura y estilo pudo ser acaso principal causa determinante un gran incendio ocurrido en el siglo XV, el cual obligó a reconstruir la capilla mayor, los tres ábsides y otras partes del templo. En esta reforma se introdujo el brazo del crucero, y el estilo gótico se mezcló con el románico, seguido con gran pureza en importantes elementos de la basílica. Las obras se prolongaron hasta los primeros años del siglo XVI y las capillas absidales que hoy existen, del gusto gótico de la decadencia, fueron construidas en la época del obispo D. Diego Menéndez Valdés, desde 1496 a 1506. El ábside del centro es poligonal, reforzado con fuertes estribos, y cuadrados los laterales.

Al encontrarnos ante el templo, pasado el amplio atrio, que cierran verjas de hierro, entre fuertes pilares, nos sorprende la puerta principal, de gusto clásico. Formala un gran arco románico, entre cuatro medias columnas de orden corintio, coronado por un frontón triangular, que adornan a cada lado dos pirámides. En el ático, una antigua imagen del Salvador, que debió pertenecer a la puerta primitiva. Otros elementos extraños a la tradición de la basílica son, en el exterior, la bella crestería gótica y los pináculos que coronan la capilla mayor; la moderna torrecilla del reloj, ridículo pegote, que afea la fachada principal del templo y quita vista a la soberana cúpula, y un leve campanario, en forma de espadaña, a la izquierda.

La tradición románica se sigue con la mayor fidelidad en la puerta llamada del Obispo, a la que da acceso una doble escalinata y que es uno de los elementos arquitectónicos de mayor valor artístico en el templo. La fachada está dividida en tres zonas por columnas estriadas y la adorna una cornisa de ménsulas y arquillos lobulados, sobre la que se levanta la parte terminal, con un gran arco central y dos más pequeños a los lados. En la zona del centro abre la grandiosa puerta, formada por cuatro arcos con un gran arco central y dos más pequeños a los lados. En la zona del centro abre la grandiosa puerta, formada por cuatro arcos con un gran arco central y dos más pequeños a los lados. En la zona del centro abre la grandiosa puerta, formada por cuatro arcos con un gran arco central y dos más pequeños a los lados.

Al lado de la fachada principal de la basílica se levanta la torre monumental, de tan extraordinaria fortaleza, que más parece creada para baluarte de la ciudad guerrera que para gala de un templo cristiano. Desde ella, en efecto, sostuvieron recias peleas contra el alcázar cercano. Es rectangular, de enormes proporciones, y aunque consta de varios cuerpos, parece que está sin terminar. De estarlo ya, ella sería la «emperatriz» de las torres bizantinas, ya que a la de San Esteban de Segovia se le llamó «reina». La adornan ventanas románicas, con finas columnillas, presentando una por cada cara en uno de los cuerpos, dos en el siguiente y tres en el otro.

El elemento arquitectónico más importante y de más singular belleza que al exterior presenta la Catedral, es la maravillosa cúpula, semejante por su estilo, por su riqueza y gracia, a la de la torre del «Gallo» de la Catedral de Salamanca y a la de la Colegiata de Toro, aunque un tanto inferior a ellas en mérito. Por su especial carácter hace recordar las cúpulas de los templos y edificios orientales. Ello hace afirmar a los historiadores que las obras de la basílica zamorana, fueron dirigidas por un maestro oriental, al mismo tiempo que por otro francés. Pero de ninguno de ellos se tiene noticia.

Tiene la cúpula forma cilíndrica, ciéndola labrados radios. En las caras que estos forman abren hasta doce rasgadas ventanas, cuyos arcos sostienen elegantes columnas, con bellos capiteles, las cuales envían al interior del templo torrentes de luz. Flanqueando la cúpula, surgen como elemento de gran originalidad cuatro cubos o torrecillas, con estrechas ventanas y graciosas columnas, coronados por capulillas. El conjunto de este original y artístico cimborio es de grandioso efecto. Bastaría tan maravillosa obra, como sus hermanas de Toro y Salamanca, para dar la gloria al ignorado artífice que tuvo concepción tan bella y supo ejecutarla con tan singular primor.

La visita al interior del templo produce una impresión placentera, de simpatía, de júbilo, de satisfacción. Es que la luz que penetra a raudales por las rasgadas ventanas del cimborio da al crucero, a la nave central y a casi todo el templo un aspecto luminoso y alegre, dando tonos de blancura a la labrada piedra. Esta impresión se confirma y agranda, en la emoción estética que nos producen los detalles de arte que por doquiera admiramos.

Tiene la basílica zamorana gallardas proporciones, pero es una de las más pequeñas de España. Desde el primer momento se advierte, incluso por el profano, la diferencia de estructura, contemplando la gran nave central con su bóveda de medio cañón, que responde a la tradición románica, y las laterales, más bajas, y el crucero de góticas aristas y arcos apuntados, que adornan finas molduras. Sostienen las bóvedas recios pilares cuadrados, a cuyas caras se adosan tres medias columnas por frente, de lisas basas y sencillos capiteles.

Como en el exterior, llama la atención la elegancia de la bella cúpula oriental, artísticamente gallonada, que se levanta sobre páchinas. Adórnala, según ya se dijo, un sólo orden de rasgadas ventanas, con arcos de medio punto y esbeltas columnillas, como ocurre también en la graciosa linterna, en la que se ven algunos capiteles en forma de prismas almenados.

Al mismo estilo gótico pertenece la capilla mayor, desproporcionada con el templo, por su escasa profundidad y anchura. En ella desentona el retablo de gusto clásico, formado por cuatro gruesas columnas corintias, de mármol ro-a, rematadas con dorados capiteles; en el centro del arco destaca, en un medallón de blanco mármol, un bajorelieve de la Transfiguración del Señor. Las capillas laterales son muy pequeñas también y de gran pobreza.

Cierra el recinto de estas capillas magnífica reja de hierro, que adornan doradas hojas, igual a la que tiene el coro y haciendo juego con los pulpitos. Estas y aquellas fueron costeadas por el generoso obispo Menéndez Val-



Magnífico capitel de la Iglesia de San Claudio.



Magnífico sepulcro existente en la iglesia de la Magdalena.

dés, que hizo construir también las capillas absidales, después del incendio.

Joya espléndida de la basílica zamorana es la sillería de coro, obra de ignorado artista, que es una de las más notables de España. Los tableros de la parte superior tienen esculturas de santos, de cuerpo entero, presididas en el testero central con la del Salvador, rodeada por las de los Apóstoles, y los respaldos del cuerpo bajo con bustos de profetas y patriarcas. Las esculturas están admirablemente talladas, como la calada crestería de los dachas y pináculos que coronan el bello conjunto. Al igual que ocurre en otras sillerías corales, cual la de la Catedral de León, el ignorado artista talló en la de Zamora figuras y alegorías harto inadecuadas. «De humor alegre — escribe el ilustre Quadrao, — de fecunda y retonzona fantasía, debió ser el artífice que en el reverso y en los brazos de los asientos esculpió mil picantes apólogos, mil raras caricaturas y transparentes alegorías, algunas en verdad sobrado licenciosas»...

LA HISTORIA DE TERESA

Para tomar parte en la Semana Social, ha venido a Madrid el famoso profesor M. Andrés Lichtenberger. Populares son en España sus obras de educación. Como homenaje al gran escritor, reproducimos un capítulo de una de ellas. Es el que se titula «Historia de Teresa». Y dice así:

«Mamá se fué al concierto; Jane a la iglesia; Luisa salió; Trott se queda solo con la vieja Teresa.

La vieja Teresa está cerca de la ventana del comedor; tiene entre las manos un enorme cuchillo. A un lado hay una canasta de patatas; al otro, una ensaladera. Coge las patatas de la canasta; las monda con el cuchillo, y después las echa en la ensaladera dejando caer las cáscaras sobre su delantal. Trott está sentado en frente de ella, sobre una silla chiquita, y la contempla gravemente. Es interesante. Teresa es muy diestra. El cuchillo corre rápidamente sobre las patatas, sin quitar más que la cáscara. Si Trott tratara de hacer como Teresa, con seguridad que se cortaba uno o dos dedos.

Fuera invade la sombra. Es una tarde gris de invierno. Se diría que el sol ha muerto para siempre. Cae una lluvia fría, fina, regular. Casi no se ve nada al través de los cristales empañados por la bruma. Con el tiempo que hace no se tienen ganas ni de reír, ni de saltar; y se experimenta un cierto temor de la noche que no está lejana, y que lentamente extiende su gran manto negro y pesado. Teresa murmura con voz cascada una canción lúgubre que tiene un estribillo muy triste. Con todo esto, se siente frío en el corazón; no mucho; pero sí un poco, como si se tuviesen ganas de llorar.

—Teresa, cuéntame una historia.

La vieja Teresa deja de mirar sus patatas; levanta la cabeza; se rasca detrás de la oreja con el mango del cuchillo, y dice:

—Jesús me favorezca, niño, yo no sé historias.

Pero Trott contesta con firmeza:

—¡Oh! ¡sí! Teresa, sí sabes. Todas las personas de edad saben historias. Y como tú eres un tanto vieja, debes saber muchas.

Teresa se siente halagada con esta confianza; ya no se niega tan rotundamente. Sin embargo, duda. Por fin propone:

—Si el niño quiere, le contaré mi historia, la mía propia. Es la única que yo sé.

Ya lo creo que Trott quiere; está muy satisfecho. Bonita que va a ser esa historia, y además larga: ¡es tan vieja Teresa, y habrá pasado tantas aventuras! ¿Quién sabe si no ha sido la madrina de la Cenicienta, o la abuela de Caperucita Roja o el hada Urganda? Trott acerca su silla al cesto de patatas; apoya los codos sobre sus rodillas, la barba en las manos, y escucha con gran atención. Y la vieja Teresa, volviendo a su tarea de pelar patatas, se pone a contar su historia con voz lenta.

Del mismo artista deben ser obra también las magníficas puertas talladas del claustro y de la sacristía, adornadas con esculturas, escudos y filigranadas labores. En dicha sacristía se guarda otra admirable joya: una hermosa y rica Custodia gótica, del siglo XVI, cuyo viril es otra primorosa obra de arte. El claustro es grecorromano, desprovisto de adornos; el antiguo, que tenía interesantes capillas, fué destruido por el fuego, con la biblioteca y el archivo, en los cuales guardábanse interesantes documentos de historia.

Las tres naves del templo terminan en notables capillas. La más importante de ellas, de estilo gótico, con elementos del Renacimiento, fué obra del prelado zamorano Juan de Mella; en ella se admira un precioso retablo, con excelentes pinturas. Otra capilla, gótica también, muestra un magnífico sepulcro de alabastro: la tercera, del Renacimiento, es menos interesante. En los muros laterales de la Iglesia abren otras capillas, la más notable de las cuales es la de San Ber-

Es una historia curiosa, y no tiene nada de común con lo que Trott creía.

Parece ser que, en otros tiempos, la vieja Teresa fué una niña bonita. Tenía vestidos blancos y rosados, una gran trenza a la espalda, dos hermanitos pequeños, una mamá muy guapa y un papá arrogante; no tenía dorados en su traje, como el papá de Trott; pero su uniforme era de color verde, con botones brillantes. Vivían en una casa de techo rojo, en medio de un jardín. Eran muy alegres y muy felices; se querían mucho y reían todos los días.

Los hermanitos fueron los que partieron primero. Parece ser que eran tan buenos que Dios los quiso tener junto a sí. Una tarde tosieron mucho; después se pusieron muy colorados, y luego, tras unos cuantos días, se los llevaron de la casa. Dios los había llamado, para ponerles dos alas blancas en la espalda, y en la cabeza un círculo de oro. Ahora son dos angelitos. Sí, la vieja Teresa es hermana de dos angelitos. Sería chistoso que tuviese, ella también, alas blancas y círculo de oro...

Después quien se marchó fué el papá. Estuvo enfermo largo tiempo. Él, que era tan recio y tan fuerte, se tornó flaco; tan flaco que se le veían los huesos al través de la piel. Una mañana, también él partió de la casa, y jamás ha vuelto. Y Teresa y su mamá se pusieron los vestidos negros que se habían hecho cuando los hermanitos se fueron; y los usaron por mucho tiempo.

Mas luego, poco a poco, la mamá de Teresa, también ella, cayó enferma. Los médicos le dieron un sin número de remedios caros, que para nada sirvieron; seguía lo mismo. Además tenía muchas ganas de volver a ver a los dos hermanitos y a papá. Por último, se fué para ir a reunirseles, y Teresa quedó sola. Lloró mucho, mucho, mucho.

Estaba muy pobre; tuvo que abandonar su país, su casa y a las personas que conocía, porque no tenía que comer. Entró como ama en casa de una gente rica, y crió a dos niños; pero cuando estuvieron algo crecidos la despidieron, y no los ha vuelto a ver. Sin embargo, bien que los quería. Estuvo en otra casa, en otra ciudad desconocida, y, más tarde, en otras aún. Y sólo después de varios años —entonces no estaba todavía tan vieja— entró de cocinera en casa de la mamá del papá de Trott. Estuvo con ella durante largo tiempo, y únicamente cuando esta mamá se fué, ella también, para nunca más volver, el papá de Trott le pidió que viniese a su casa. Ya estaba desde antes que naciera Trott, y a menudo tuvo que mecerlo en la cuna cuando era pequeñuelo.

—Y te quedarás para siempre, ¿verdad Teresa?

—Todo el tiempo que su mamá quiera, niño, o hasta que Dios me haga la seña y lleve mi turno. A veces pienso que será bien

nardo, fundada por el prelado Alonso de Valencia. Aunque pocos, se encuentran algunos sepulcros diseminados en las capillas, siendo uno de los más notables el del conde de Ponce de Cabrera, con estatua orante del caballero vistiendo su armadura.

Pocas otras joyas complementarias puede admirar el visitante de la catedral zamorana, en cuadros, ropas sagradas y objetos del culto. En los primitivos tiempos debió ser una de las iglesias más ricas de Castilla; pero el fuego debió consumir las más de ellas. ¡Triste sino el de infinitos templos españoles, en los que el incendio, la invasión francesa y las hordas revolucionarias produjeron terribles estragos!... Más lo que la basílica guarda de arte y de filigrana es bien sobrado para justificar la visita de los turistas a la simpática y castiza ciudad zamorana...

LEÓN ROCH.

pronto, pero... Ya acabé con las patatas voy por mi lámpara.

La vieja Teresa se levanta penosamente; junta las cáscaras en su delantal; recoge la canasta vacía y la ensaladera llena, y se va arrastrando los pies.

Trott queda solo. La noche ha cerrado casi por completo. Fuera no hay sino una claridad pálida, y los grandes pinos del jardín se yerguen como negros espectros de brazos flacos. Solo se escucha el tintineo acompasado de la llovizna que cae, y el gemido quejumbroso del viento que pasa a lo largo, o el sordo murmullo de una ola más fuerte que choca contra la playa.

Trott piensa gravemente. ¡Pobre Teresa! ¡No es de extrañar que esté a veces de mal humor! Trott procurará no volver a hacerla rabiar. Debe ser muy triste ver partir así a los hermanitos, al papá, a la mamá y a cuantos se ama, e ir de un lugar a otro, a casa de gentes a quienes no se conoce, como pobre perro al que ahuyentan... La señora de Bray dijo, en una ocasión, que no solamente la vejez daba arrugas, sino también los pesares. ¡Pobre Teresa! Está tan arrugada...

Y, de pronto, Trott siente un gran frío en el corazón. Tiembla de la cabeza a los pies, sobre su sillita, porque un pensamiento que jamás había tenido atraviesa su cerebro. Teresa ha sido una hermosa niña de mejillas sonrosadas y largos cabellos rubios, y ahora es una vieja de cabellos grises y manos ganchudas. Trott es un niño rubio y sonrosado; ¿acaso un día tendrá también arrugas, cabellos grises y manos engarabitadas?

Trott está aterrado. Sin duda se alegraría de ser persona mayor. Es muy bonito ser hombre, ser fuerte, montar a caballo, ir al mar y hacer cuanto le plazca. Pero, después, ¿hay que llegar a ser lo que Teresa? Por otra parte, ¿es posible que uno quede... solo? ¿Pudiera ser que un día papá... y mamá...? Y sin que Trott lo sepa; sin que comprenda el por qué, le parece que en la noche, ahora casi negra por completo, hay como un camino que desciende, se hunde y se torna más negro. A los lados se levantan cruces blancas, y de aquí y de allá vuelan ángeles. Y el camino desciende, se hunde, se torna cada vez más negro; y a Trott le parece que va a deslizarse por él, a sumergirse poco a poco.

Teresa entra con la lámpara; advierte que el rostro de Trott está lleno de lágrimas; coloca la luz precipitadamente y le sienta sobre sus rodillas.

—¿Señor Dios! ¿Qué tiene el niño?

Trott estalla en sollozos; mas la lámpara vierte claridad y alegría; ¡qué agradable es no estar solo! Los sollozos se apaciguan, y las negras ideas se van.

Pero al acostarse antes de dormir, murmura muy quedo al oído de Jane asombrada.

—¿Verdad, Jane, que yo seré siempre un pequeñuelo?»

BODAS ARISTOCRATICAS

EN Oviedo se ha celebrado la boda de la bellísima señorita María de los Dolores de Collantes y Menéndez de Luarda, perteneciente a nobles familias montañesa y asturiana, con el bizarro capitán de Infantería don Arturo Bermúdez de Castro, hijo del general subsecretario del Ministerio de la Guerra.

Apadrinaron a los contrayentes la madre de la novia y el padre del novio, firmando el acta como testigos, por parte de la señorita de Collantes, su hermano don Rafael, su tío don Ramón Menéndez de Luarda y sus primos los marqueses de Aledo y Vega de Anzo, y por parte del señor Bermúdez de Castro, su hermano don Cristino, el general Zuvillaga, el coronel González Carrasco y los comandantes señores Polavieja y Sueiro.

La boda constituyó un fausto suceso para la capital asturiana, donde los novios y sus familias gozan de grandes simpatías.

Deseamos a los nuevos esposos eternas felicidades.

SE ha celebrado en Madrid, en la Iglesia del Santísimo Cristo de la Salud, el enlace de la encantadora señorita Cándida Suárez-Inclán y Aravaca con el capitán de Artillería don José María O'Shea.

Apadrinaron a los contrayentes la señora doña Pilar Verdes Montenegro, viuda de O'Shea, madre del novio, y el general don Pío Suárez-Inclán, padre de la desposada.

Firmaron el acta como testigos, por parte de la novia, su hermano don Pío y sus tíos don Félix, don Estanislao, don Heliodoro Suárez-Inclán y don Fernando Aravaca. Y por parte del contrayente, su hermano don Enrique, el marqués del Socorro, don Cristóbal Piñana y don Guillermo O'Shea.

Los invitados fueron obsequiados después con un te en casa de Tournié, y los nuevos señores de O'Shea, que recibieron muchas felicitaciones, salieron en viaje de novios para recorrer varios puntos del extranjero.

TAMBIÉN en la Iglesia del Cristo de la Salud se verificó la boda de la bella señorita Soledad Lorente con el teniente de Artillería don Santiago Lorente.

En la ceremonia, que se celebró en familia a causa del reciente luto de ambos novios, figuraron como padrinos doña Carmen Armesto, viuda del general Lorente y madre del novio, y el agente de Bolsa don Rafael Lorente, padre de la desposada.

Fueron testigos por parte de ella, los generales don Ricardo Aranaz y don Arturo Querol, el capitán de Artillería don José Lorente y el ingeniero de Minas don Maximino de la Peña. Y por parte del novio, el gobernador del Banco Hipotecario don Luis María Lorente, el coronel de Artillería don Pedro Torrado, el abogado don Manuel Lorente y el ingeniero de Minas don José Cabrera.

Deseamos constantes venturas a los recién casados.

LA Iglesia parroquial de la Concepción se vistió de gala para el enlace de la bella señorita María Cavanna Ros con don Rafael Echegoyen Villeta. Fueron padrinos doña Amelia Villeta, madre del novio, y don Luis Cavanna Junca, padre de la desposada.

Vestía la novia traje de «crêpe» satén, adornado con encaje de mallas bordado en plata, y lucía aderezo de perlas.

Firmaron el acta como testigos, por parte del novio, don José Goyanes, don Cándido Bolívar, don Arcadio Díaz y don Francisco del Saz Orozco, y por la novia, el marqués de la Vega

de Retortillo, don José y don Enrique Cavanna, tíos de la desposada, y su hermano don Luis Cavanna Ros.

Los invitados al acto, que hicieron votos por la felicidad de los recién casados, fueron obsequiados con un espléndido te en el Hotel Ritz.

OTRA boda hubo en la Iglesia de San Ginés: la de la encantadora señorita María Enterría con el notable arquitecto don José Luis Aranguren y Bourgón.

Actuaron de padrinos doña Dulce Bourgón, viuda de Aranguren, y el conde de Yebes, en representación de su padre, el expresidente del Consejo, conde de Romanones.

Actuaron de testigos por parte de la novia, su padre don Fernando Enterría, el hermano de la desposada don Emilio, el marqués de Villabrágima y el ex ministro don Juan Pérez Caballero.

Por parte del novio firmaron el acta sus tíos

También en la próxima primavera será el enlace de la bella señorita María Puig-Mauri y Santa Ana, con el abogado y secretario general de La Equitativa, don Lorenzo Ortiz Cañavate.

Por los marqueses de Melgarejo y para su hijo don José María Melgarejo y Baillo, ha sido pedida la mano de la encantadora señorita Concepción Enriquez de la Orden y Antolínez de Castro, perteneciente a la aristocracia manchega, y por el capitán de Caballería don José de Ortiz, y para su hermano don Manuel, ha sido pedida en Valladolid la mano de la señorita María Luisa de Ribera y Trillo-Figueroa, hija del jefe de Estado Mayor don Carlos y de doña María de los Angeles.

MÁS bodas cercanas: en abril, la de la señorita María Emilia Porlier y Ugarte, hija de los marqueses de Bajamar, con el ingeniero y exdiputado don Miguel Villanueva y Labayen, hijo del expresidente del Congreso; en marzo, la de la señorita María Josefa Cánovas del Castillo e Ibarrola, hija de don Máximo, con don Enrique Bertrán de Lis, vicedónsul de España en La Habana; y en junio, la de la señorita Enriqueta Escrivá de Romani y Aguilera, hija de los marqueses de Benalúa, con don Luis Fominaya y Gumma.

EN Barcelona ha sido pedida la mano de la Archiduchesa María Antonia, hija del Archiduque Leopoldo Salvador y de doña Blanca de Borbón, para don Ramón Ferrándiz y Vilallonga, perteneciente a distinguida familia de Mallorca.

Y los condes de Vallesa de Mandor y de Montornés han pedido para su hijo primogénito, don Enrique Trénor y Despujol, la mano de la señorita Carmen Lamo de Espinosa y del Portillo.

NO acaban las noticias de bodas en perspectiva.

Para el próximo mes de Julio se ha señalado el matrimonio de la bella señorita Magdalena Muguero y Frígola, hija de don Francisco y nieta de la marquesa de Salinas, con el abogado don Julio Muñoz, perteneciente a distinguida familia andaluza.

Para don Andrés Otermin, ha sido pedida, en San Sebastián, la mano de la bella señorita Matilde Rayband.

La boda se celebrará en el próximo verano. Ha sido también pedida la mano de la bella señorita Enriqueta Pimentel para el joven abogado y conocido deportista don Antonio Sicilia.

Y en El Toboso ha sido pedida la mano de la bella señorita Laura G. Calvo y de Diego Cholvy por el acaudalado propietario don Enrique Labrador Ortega para su hijo don Francisco Labrador de la Mata.

La ceremonia del enlace tendrá lugar en el próximo mes de Mayo, en la iglesia de San Jerónimo, de Madrid.

Apadrinarán a los contrayentes la señorita Leonor G. Calvo, hermana de la novia, y el padre del novio, don Enrique.

PERO no es solo en España. Del extranjero nos llega otra noticia de próxima boda de verdadera importancia. Se acerca el enlace de la Princesa Mafalda de Italia, con el Príncipe heredero de Bélgica.

Sus Altezas han tenido nuevas entrevistas recientemente, y los esponsales se aproximan.

Es una boda que todo el mundo ha de ver con gran simpatía.

La Princesa es muy popular en Italia. Su carácter alegre y comunicativo le ha conquistado afectos en todas las clases sociales. Y el pueblo belga, que lo sabe, se apresta a dedicar también su cariño a la que ha de ser su futura Reina.



Los nuevos señores de Bermúdez de Castro, después de su boda, acompañados de sus padrinos y testigos. Fot. Duarte.

don Luis Bourgón y don Mariano Aranguren, don Buenaventura Muñoz, ex presidente del Supremo, y don Fernando Cadalso.

Entre la concurrencia, muy numerosa, figuraban significados políticos.

Sean los nuevos esposos muy felices.

TAMBIÉN en la parroquia de la Concepción se ha celebrado el enlace de la señorita María de los Dolores Martínez Fortún con el capitán de Ingenieros don Eduardo Palanca, hijo del comandante general de Inválidos, teniente general don Carlos Palanca. Nos sumamos a las muchas felicitaciones que ha recibido el nuevo matrimonio.

LOS recién casados señores de Sainz y Ortiz de Urbina (don Mariano) están obsequiando a sus numerosas amistades, con motivo de su enlace, con elegantes sortijeros de alabastro y platos de cristal tallado, llenos de exquisitos chocolates y *marrons glacés*, de la aristocrática confitería «La Duquesita».

DE varias bodas próximas hemos de dar cuenta. Recientemente ha sido pedida la mano de la encantadora señorita María del Pilar Álvarez Miranda y Asúnsolo para el joven abogado don José González y Cienfuegos, sobrino del Director de las Reales Caballerizas. Hicieron la petición éste, y su hermana la madre del señor González Cienfuegos, que vino a Madrid expresamente con ese objeto.

La marquesa de Santa Ana ha pedido para su primogénito, don Luis Puig-Mauri y Santa Ana, la mano de la señorita Blanquita Olanda Spencer, hija del director adjunto de la Compañía de los ferrocarriles del Norte, don Luis Olanda.

La boda se efectuará a fines de mayo.

DEFENSIVA EN EL NORTE

VI

RETIRADA DEL ORIA. SANCHEZ BARCAIZTEGUI. «CORPUS CHRISTI».



PENAS extinguido el tronar de los cañones de Guetaria, otra vez el estruendo de la dura y constante pelea, retumba en los macizos, Mendizorrot e Igueldo, cercanos a San Sebastián; son las fuerzas de la División de Guipúzcoa que defendieron durante muchos meses las riberas del bajo Oria

contra los facciosos y que ahora las abandonan, luchando, como bizarros soldados, desde la des, embocadura del río, en la costa Cantábrica, hasta las inmediaciones de Lasarte.

A las tres de la madrugada del 18 de Mayo comenzó la evacuación de la línea del Oria, ordenada por el Comandante en Jefe de aquellas fuerzas, el Mariscal de Campo Don Ramón Blanco, en la tarde anterior.

Fuertemente guarnecido el Monte Igueldo, con objeto de poder desde él proteger la retirada, así como también el lado del mar por los vapores de guerra «Africa» y «Ferrolano»; empezaron desde Orio y Usurbil a salir los convoyes de víveres y de municiones, escoltados por fuerzas de la brigada allí acantonada, ocultando el movimiento al enemigo, la sombra de la noche. Pronto, sin embargo y al rayar de la aurora, vieron los facciosos la maniobra, hostilizandola desde el principio con gran vigor.

Desde Zubieta, atravesando el Oria y desde Aguinaga y Lasarte, se lanzaron los carlistas sobre los batallones de Blanco; ni les impone, ni les intimida el fuego de la escuadra que abraza su flanco izquierdo, ni tampoco el de las escalonadas baterías de Montaña, cuya metralla los diezma de frente.

Aprovechándose los facciosos de lo abrupto del terreno, de los bosques y de la situación de los caseríos, logran a veces atacar con gran ventaja a las tropas en retirada.

Pero no consiguen descomponer a los soldados de D. Alfonso XII que, serenos siempre y muy valientes, se baten como verdaderos veteranos, curtidos por la pólvora de cien combates.

El Regimiento de Murcia, que forma el centro y la derecha, el Provincial de Granada, que constituye la izquierda y el batallón Cazadores de Puerto-Rico, que con los miqueletes cubren la retaguardia, todos luchan bizarramente, desde la carretera que une a Orio con Lasarte, hasta las inmediaciones de La Antigua, en que cesa de hostilizar el enemigo que, en su ansia de victoria, cubre sin cesar, el campo con sus muertos y sus heridos.

A las ocho de la mañana cesó el fuego y terminó la retirada, que se hizo sin perder un solo pertrecho ni una sola acémila, quedando en Igueldo la artillería y los cazadores de Puerto-Rico, en La Antigua el Regimiento de Murcia, y el batallón de Granada y los miqueletes entre La Antigua y San Sebastián.

Fué brillante la retirada, pero como al fin era entregar posiciones a los carlistas, causó gran sensación y sentimiento en la capital de Guipúzcoa y en toda la España liberal.

Días después, Blanco envió el Regimiento de Luchana y una compañía de Ingenieros a Igueldo, para que después de relevar a los cazadores de Puerto-Rico y a parte de la artillería; allí atrincherado el regimiento cubriese las comunicaciones con San Sebastián, protegiendo, al mismo tiempo, la construcción de un fuerte en el cuarto pico de la montaña, que impidiera a los facciosos el colocar baterías que pudiesen ofender a la capital y a su puerto. El Brigadier Arnaiz, fué enviado con 3 batallones, una compañía de miqueletes y otra de ingenieros a Pa-

sajes y a la Sierra de Jaizquibel, para que, puesto en el referido macizo, en contacto con un batallón destacado en la ermita de Guadalupe y en el alto de Santa Bárbara, desalojen de la Sierra al enemigo y protejan las obras de otro fuerte que, cercano a la ermita, asegure un camino militar entre Pasajes y Fuenterrabía. A la altura de Ameztñaaga se ordenó marchar al Brigadier Infanzón con 2 batallones, 3 compañías de miqueletes y una de ingenieros, para proteger la construcción del fuerte proyectado en esa altura, con objeto de reemplazar al de Astigarraga, que tenía que evacuarse por costar



Excmo. Sr. D. Victoriano Sánchez Barcaiztegui, Comandante general de las fuerzas navales en el Cantábrico. Muerto frente a Motrico el 26 de Mayo de 1875.

sus relevos ríos de sangre. Esta fortificación debía de cruzar sus fuegos con las de Alza y Pueyo, impidiendo, de este modo, que el enemigo, por la derecha del bajo Urumea, se pudiese aproximar a San Sebastián. A Guetaria fué enviada una compañía de ingenieros para que en el promontorio del Faro construyera un fuerte en el que se pudiesen emplazar 6 piezas de gran calibre.

Todas estas obras habrían de efectuarse con gran dificultad por estar nuevas líneas frente a las del enemigo, que contaban con numerosas fuerzas y muy buena artillería.

Además de las tropas destacadas en los diferentes fuertes en construcción, Blanco contaba con 3 batallones en Irún, un batallón en La Antigua, cubriendo las salidas de Usurbil y de Lasarte, otro de Provinciales en Hernani y otro, del mismo instituto, en Rentería; guarnecían a San Sebastián, un batallón de Cazadores con una compañía de miqueletes, los carabineros y guardias-civiles y fuerzas de Infantería de Marina.

Contra lo que el Gobierno pensaba, no pudo de Guipúzcoa sacar tropas, con objeto de trasladarlas al Centro, para aquí dar cima a la final campaña.

No estaban entre tanto ociosas, las fuerzas del General Quesada, que operaban en el Valle de

Mena y en Alava, en la ribera de la Rioja y en Monte Esquinza.

Cumpliendo órdenes superiores el brigadier Prendergast, avanzó hacia Sierra Complacera el 14 con 6 batallones, una batería y 2 escuadrones. Después de un muy duro combate, en que, por lo abrupto del terreno, el enemigo pudo sostenerse batiéndose con gran tenacidad, fueron los carlistas desalojados de Peñaconservera, manteniéndose la artillería facciosa en el Portillo de Igaña. Acamparon los combatientes frente a frente, y, al amanecer del 15, como los carlistas hubiesen recibido 3 batallones de refuerzo, otra vez acometieron, siendo de nuevo rechazados después de una sangrienta pelea de 6 horas, en que la fatiga de la lucha era aumentada por la sed imposible de mitigar, y en que el cañón y el fusil de las tropas liberales hizo estragos en los voluntarios de Don Carlos. Las extrema derecha de Prendergast, situada en Quincoces, peleó también bravamente con los facciosos, cubriéndose de gloria, en diferentes cargas, los escuadrones de Albuera.

Mantuviéronse las respectivas fuerzas en las mismas posiciones, sin disparar un tiro, todos el día 16, y, aquella misma noche, Prendergast, por orden del Comandante en Jefe, que tenía noticia de avances carlistas sobre Castilla, levantó el campo y se dirigió con sus tropas a Castrovarto.

El mismo día 15, las guarniciones de Vitoria y de Miranda de Ebro, se movieron con objeto de hacer llegar un convoy a la Capital de Castilla, situándose en Nanclares las fuerzas de Vitoria, protegiendo, de este modo, el paso del convoy, no sin tener que reñir rudo combate con el enemigo.

El 26 una pequeña columna facciosa pasó el Ebro por San Asensio, dirigiéndose a Santo Domingo y a la Sierra de Ezcaray; pero perseguida por tropas de la brigada Buceta, fué completamente envuelta y destrozada en San Millán de la Cogulla.

«Al salir de Oteiza el Cuartel General el 27 de Mayo, dice la «Narración Militar de la Guerra Carlista», avanzaron algunas fuerzas enemigas en dirección al camino que debía de seguir: una sección de la escolta perteneciente al regimiento de Húsares de Pavia, mandada por el Alférez don Máximo Rojo, cargó, resueltamente, a los facciosos, causándoles las bajas de dos muertos, algunos heridos y un teniente prisionero, sin tener, por su parte, más que 2 caballos heridos. Este movimiento fué apoyado, después, por otras 2 secciones, al ver que los carlistas reforzaban, rápidamente, sus avanzadas con algunas compañías que salieron de Morentin.»

Grandes eran los servicios que la división naval del Cantábrico, a las órdenes de su Comandante General don Victoriano Sánchez Barcaiztegui, venía prestando al Ejército de operaciones en el Norte.

No obstante la maniobra sobre Guetaria, había demostrado que la artillería y protección de las naves, no eran suficientes para batir las baterías de costa que el enemigo comenzaba a utilizar.

Empezaba a abrirse paso, en el Alto Mando de la Marina, en operaciones, la necesidad, para continuar la campaña, del empleo de barcos de mayor tonelaje y blindados, cuando, en la noche del 24, el Ferrolano fué hostilizado, al pasar frente a Motrico, por una batería que los carlistas tenían situada en la boca del puerto. El hecho era grave porque venía a demostrar que los facciosos aumentaban sus fortificaciones de costa.

En vista de esto, Sánchez Barcaiztegui, que deseaba conocer, de una vez, si con las naves disponibles podían batir a los fuertes facciosos, comunicó al Ministro de Marina, si con los ele-

mentos existentes realizaba la maniobra, o si por el contrario, esperaba la llegada, para ello, de la fragata blindada Vitoria.

Dejólo el Ministro a su elección y ante tal respuesta, impropia para un marino del temple y brillante historia de Sánchez Barcaiztegui, y el Comandante en Jefe de las fuerzas navales del Cantábrico, decidió practicar, sin demora y por sí sólo, el movimiento.

Embarcó a bordo del Colón, en San Sebastián, en la mañana del 26, y seguido del Ferrolano y de la goleta Africa, comenzó tan decisivo crucero. Al pasar frente a Zumaya, hicieron fuego los barcos sobre la batería que los carlistas construían en aquellas alturas. Después, frente a Deba, las bombas faciosas estallaron sobre las naves que contestaron con sus andanadas. Más tarde tubo lugar el tremendo duelo de Motrico...

Volcan era la fortaleza enemiga y volcanes, a su vez, los barcos que, dominados siempre, por los cañones carlistas, no por eso dejaron de pelear gallardos y abnegados.

Sobre el puente del Colón, Sánchez Barcaiztegui dirigía la maniobra, haciendo que su nave capitana se acercase lo más posible, a la faciosa batería, con objeto de hacer más efectivos los tiros...

Agarrado al pasa-manos del puente, gritaba con voz exténtora a la marinería, ¡avante!

Cuando era más horroroso el fuego y el huracán de metralla arreciaba sobre los buques, cuando el Ferrolano recibía un proyectil debajo de la línea de flotación, una granada Wolwich vino a estallar sobre el pecho del bizarro Sánchez Barcaiztegui, despedazándole por completo, cayendo al lado del héroe del Pacífico, gravemente heridos por la misma explosión, el mayor General de la Escuadra de operaciones y un Coronel de artillería.

En medio de tanto extrago, tomó el mando el

comandante del Colón y dispuso la retirada, ordenando que el Ferrolano se dirigiera a Pasajes, con objeto de reparar su grave avería que le imposibilitaba para seguir la lucha, y que la goleta Africa, siguiese el crucero, en tanto que la nave capitana hacía rumbo a San Sebastián con los sangrientos despojos del que fué en vida bravísimo e ilustre marino.

Enorme conmoción sufrió la capital de Guipúzcoa al conocer la catástrofe, y fueron para la Bella-Easo y para la España entera, días de verdadero duelo los que siguieron, pues Sánchez Barcaiztegui en la Marina, como el Marqués del Duero en el Ejército, próceres eran, los dos, de imposible sustitución.

Con honores de Mariscal de Campo muerto en campaña, fueron sepultados en el cementerio de San Sebastián, los restos del que en vida, y mandando la fragata Almansa, escribió, al lado del inmortal Méndez Núñez, la página imborrable del Callao.

Don Alfonso XII, de quien el muerto brigadier de marina era ayudante, dispuso que, en el plazo más corto posible, el cuerpo del tan gran soldado de la Armada, reposase en el Panteón de Marinos Ilustres.

El Contra Almirante don José Polo de Bernabé se encargó, el 30 de Mayo, del mando de la escuadra que operaba en el Cantábrico.

La tristísima noticia de la muerte de Sánchez Barcaiztegui, como la victoria que Alcora en el Centro sobre Dorregaray, fueron conocidas ambas nuevas en Madrid al finar la mañana del 27, día del Corpus, en momentos en que la religiosa Procesión, celebrada aquel año en pompa hasta entonces no vista, recorría la animada carrera, dando mayor realce a tan reverente acto, la presencia en el de S. M. el Rey, del Gobierno y de la Corte sin las damas.

Los ojos de la Historia, a través de medio siglo, próximo a cumplirse, ven la calle de Carretas con los clásicos toldos, sostenidos por los

no menos clásicos espárragos, que dan sombra a una multitud inmensa, moteada de vivos colores, que llenan las aceras, que ocupan los balcones, y que la luz diáfana de un cielo del Mediodía, le dá un ambiente tan madrileño, tan puramente español.

Respetuoso y devoto el pueblo, ve descender la Procesión hacia la Puerta del Sol...

Delante de las filas de la tropa, ve pasar cofradías, estardartes, cruces, mangas y ciriales, entre sobrepellizas, bonetes, albas vestiduras, y blancos, cenicientos, pardos y negros sayales. Las músicas de los regimientos baten la Marcha Real; más lejos vibran los clarines y las trompetas de jinetes y de artilleros; todos hincan la rodilla en tierra; los soldados rinden las armas. Pasa la Custodia que resplandece de oro y de pederria, orlada el Sagrado Tabernáculo de nítidas rosas y claveles escarlata, esfumado a trozos, el Santísimo, por nubes de incienso, entre las que centellean alabardas y lucen rojos petos.

Detrás y destacándose del morado y la púrpura de las dignidades eclesiásticas, marcha don Alfonso XII, de gran uniforme de Capitán General, con el Toisón de Oro, la banda y la Gran Cruz Laureada de San Fernando. Lleva a su derecha, al Presidente del Consejo de Ministros, don Antonio Cánovas del Castillo, y a su izquierda al Cardenal Moreno. Siguen los ministros, el Cuartel Real, los Grandes de España, los Gentiles Hombres, Mayordomos de semana, Ugiéres y Generales. Cierra la marcha el zaguante de Alabarderos, dos carrozas de Palacio y la Columna de Honor.

Invitada por el Ayuntamiento, S. A. R. la hermana del Soberano, vió pasar la Procesión desde uno de los balcones de la Casa Consistorial, convertida en un vergel para recibir y agasajar a la Princesa de Asturias.

LORENZO RODRIGUEZ DE CODES.

LA VIDA MADRILEÑA

En casa de los marqueses de Cavalcanti.

El día de San José acudieron numerosas personas a casa de los Marqueses de Cavalcanti, con objeto de felicitarles.

La concurrencia fué tan numerosa y distinguida, que ella bastaba para demostrar las muchas simpatías que gozan en la sociedad.

Para la felicitación reuníanse varios motivos. Además de celebrar su santo el dueño de la casa, felicitábase a la marquesa por haberle concedido Su Santidad el Papa la preciada condecoración *Pro Ecclesia et Pontifice*, y al marqués por su reciente ascenso a teniente general.

Según es sabido, la citada condecoración se concede como premio a grandes servicios prestados a la Iglesia y mediante expediente. En la marquesa de Cavalcanti se han premiado sus trabajos para la reconstrucción de la iglesia de Nador. Su ilustre madre, la condesa de Pardo Bazán, tuvo también la misma condecoración, que le dió León XIII por su *San Francisco de Asís*.

La reunión resultó agradabilísima, y los marqueses obsequiaron espléndidamente a sus convidados, a los cuales atendían también los condes de Torre de Cela y la señorita de Quiroga, hermana de los Cavalcanti.

Entre las señoras que asistieron figuraban las duquesas del Infantado, Pinohermoso, Santa Elena, Valencia y viuda de Valencia;

Marquesas de Urquijo, Bendaña, Argüelles, Benicarló, Caicedo, Campo Santo, Cartago, Espeja, Figueroa, Llano de San Javier, Olivares, Salinas, Someruelos y Selva Alegre;

Condesas de Aguilar de Inestillas, Mayorga, Medina y Torres, San Luis, Sizzo-Noris, Vallellano, Mendoza Cortina y Sierrabella;

Vizcondesas de Eza y Cuba, y señoras y señoritas de Arteaga, Agrela, Mello Barreto, Benicarló, Beruete (don Tomás), Bertrán de Lis, Bañer, Despujol, Echagüe, Castejón, Linares Rivas, Martín Aguilar, viuda de Murga, Mille, Miláns del Bosch, Morales, Marichalar, Moreno Osorio, Núñez de Prado, Pérez Seoane, Peli-

zaeus, Piñeiro, Pidal, Rábago, Vereterra, Salazar, Sangro y Ros de Olano, Soriano, Urquijo, Valdés Fauli, Alvarez de Sotomayor y Taboada.

También acudieron otras distinguidas personas.

Los aficionados a obras de arte tuvieron ocasión de admirar las muchas que se conservan en aquellos salones.

Reuniones diplomáticas.

En los últimos días se han celebrado varias elegantes reuniones diplomáticas, con asistencia de distinguidas personas de la Sociedad madrileña.

El embajador de Francia y la vizcondesa de Fontenay han dado una comida en honor de los profesores franceses señores George Blondel, Andrés Lichtenberger, Martín Saint-León y Oualid, que vinieron a esta capital con motivo de la Semana social.

Con los Vizcondes de Fontenay se sentaron a la mesa, además del alto personal de la Embajada y de los referidos profesores, madame Lichtenberger, mademoiselle Saint-León, el señor Bergamín, vizcondes de Eza, señor Altamira, don Odón de Buen, doctor Recaséns, don Mariano Benlliure, M. Pierre París y señora, M. Henri Merimée, mademoiselle Le Dieu y M. Legendre.

Después de la comida hubo una recepción, que se vió muy concurrida.

En la Legación del Brasil obsequiaron los señores de Lima e Silva con una comida al embajador de Alemania y señora, embajador de Italia, ministro de Portugal, Príncipes de Erbach, marqués de Torres de Mendoza, señores de Landecho, vizcondes de Feñanes, señora de Muñoz, señorita Mary Vadillo y otras personas.

También en la Legación de Cuba se celebró una recepción en honor de la ilustre poetisa americana señora de Tió quien recitó algunas de sus más celebradas composiciones, y fué muy aplaudida por la distinguida y numerosa concurrencia que asistió al acto.

En la residencia de los condes de Paredes de Nava.

En la artística residencia de los condes de Paredes de Nava se ha celebrado una interesante reunión que la amabilidad de los dueños de la casa hizo más agradable.

De la concurrencia formaban parte muchos diplomáticos, y entre ellos el Nuncio apostólico monseñor Tedeschini, embajador de Bélgica y baronesa de Borchgrave, ministro de Noruega y señora de Lie, ministro de Suecia y señora de Bostrom, ministro de Suecia y señora de Mengotti y su bella hija; secretario de la Embajada argentina, señor Achaval y secretario de la de Francia, M. de la Blanchetai.

Entre las damas figuraban las duquesas de Pinohermoso, Santa Elena, Vega, viuda de Valencia y Vistahermosa; marquesas de Atarfe, Navamorcuende, Albaserrada, Aguila-Real, Balboa, Riscal, Benicarló, Villatoya, Santa Cristina, Pidal, Torre Hermosa, Bondad-Real Somosancho, Torrelaguna, Salinas, Cuevas de Rey y Olivares, condesas de Casa-Valencia-Montealegre, Cron, Castronuevo, Esteban, Al, modóvar, Caudilla, Torre de Cela, Casal, Finat, Peña-Ramiro, Giraldelli, Villariego, Aybar, Sierrabella, Mendoza-Cortina y Villamarciel; vizcondesa de Eza, y señoras y señoritas de Vollenhoven, Ramirez de Haro, San Millán, Chaves, Mendoza, García Loygorri, Casani, Queralt, López Roberts, Dupuy de Lome, Travesedo, Escrivá de Romani, Finat, Alcalá Galiano, Olivares, viuda de Laiglesia, Pereira, Laiglesia (don Eduardo) Núñez de Prado, Bauer, Muñoz y Rocatallada, Carvajal y Colón y Vadillo.

También estaban los exministros conservadores conde de Esteban Collantes y vizconde de Eza, el duque de Tovar, el antiguo representante de Holanda señor Van Vollenhoven, los condes de Montealegre y de Vallellano, el diplomático marqués de Torre Hermosa; el primer introductor de embajadores, conde de Velle, el marqués de Valdeiglesias, los condes de Casal, Finat y Sierrabella y el barón de Benedris. Se jugaron animadas partidas de *bridge* y los concurrentes fueron obsequiados con espléndido te.

Mundo Mundillo...

LA jura de la bandera, celebrada este año en el paseo de la Castellana, ha revestido inusitada brillantez. Los Reyes y el Ejército han sido aclamados por el pueblo y por todas las clases sociales, en una mañana tibia madrileña, en la que el Sol rompió el nublado que oscurecía el cielo. Nuevamente la insignia de la Patria fué jurada por millares de jóvenes a quienes espera la gloria o la muerte. Y en el desfile, brillante y solemne, pudo ponerse de relieve el estado de perfecta disciplina de los nuevos soldados de España.

EN estos días ha sido admirada en el palco de los duques de Fernán Núñez del Real, una nueva y encantadora señorita, que ha de ser gala de los salones aristocráticos: Pilar Falcó, la tercera de las hijas de los duques que acaba de cumplir diez y ocho años, y ha hecho de esta suerte su presentación en sociedad.

Para conmemorar el grato suceso, de habernos encontrado en otro época del año, se hubiese celebrado en el palacio de Cervellón alguna grata fiesta. Pero las circunstancias no lo han permitido ahora.

Pilar Falcó y Alvarez de Toledo, morena, viva, graciosa, será, con su hermana Livita, una de las muchachas que más han de destacarse en las fiestas de sociedad.

AL cumplirse quince años de la muerte del inolvidable compositor Don Ruperto Chapí, la Sociedad de Autores Españoles, interpretando el sentir de los admiradores del maestro y de los amantes de la música, organizó un homenaje a su memoria.

En torno del monumento a Chapí, en el Retiro, se congregaron en la tarde del día 25 numerosos artistas y escritores para ofrendar unas flores al ilustre compositor.

El Presidente de la Sociedad de Autores Don Joaquín Abati, el señor Meana y el Presidente de la Asociación de la Prensa enzalzarón la memoria del famoso maestro.

«Chapí, —dijo el señor Francos Rodríguez,— por su talento y sus excepcionales condiciones, merece nuestra admiración eterna. Pensando en él, debemos decir que España vale más de lo que creemos».

A los hijos de Chapí, con quienes nos unen lazos de estrecha amistad, renovamos, con motivo de este homenaje, el testimonio de nuestra adhesión y nuestro afecto.

EN la iglesia de San Francisco el Grande se ha celebrado la ceremonia de armar caballero y vestir el hábito de la Orden militar del Santo Sepulcro al señor D. Santiago Montoto de Sedas Rautenstranch.

En la ceremonia ofició el obispo de Sió, patriarca de las Indias, y apadrinó al neófito y le calzó las espuelas el conde de Castellano. El Capítulo de la Orden fué presidido por D. Luis Valcárcel.

Entre los caballeros asistentes figuraban el marqués de Casa Real, los condes de los Moriles y Casa Ponce de León y los señores Parladé, Fariñas y Gutiérrez Pinedo, Muro Moreu, Aizmendi, Cabello, Caballero, Contreras y Ferrero.

SE ha hecho merced, respectivamente, de los

Enorme liquidación

de vestidos, lanas, sedas y esponjas a mitad de su precio en

LA MUÑECA PARISIEN

Fernando VI, núm. 12

hábitos de caballeros en las Ordenes militares de Alcántara, Santiago y Montesa a los siguientes señores: a D. Carlos de Muguero y Frigola, hijo de D. Francisco de Muguero y nieto de la marquesa de Salinas; a D. Joaquín Rodríguez de Rivas y de la Gándara, conde de Castilleja de Guzmán, y a D. Baltasar Hidalgo y Enrile, hijo del marqués de Negrón.

EL conde de la Cimera ha celebrado en su casa una comida en honor de los deportistas franceses que vinieron a Madrid con objeto de disputar la copa internacional de golf en el Club de la Puerta de Hierro.

Entre los invitados figuraban el duque de Mouchy, el conde de Montgomery, M. Castell, M. Maneuvrier, M. Arné, los condes de Cuevas

Marie Louise

TROUSSEAUX-LAYETTES

COSTUMES D' ENFANTS

CLAUDIO COELLO, 1

TEL. 5-786

NOTAS DE PÉSAME

EN Madrid ha fallecido, después de larga dolencia, el respetable senador don Javier Gil y Becerril, estimadísimo en la sociedad madrileña por sus cualidades de bondad, rectitud y caballerosidad.

Era el finado persona de cultivada inteligencia para los negocios y alcanzó gran autoridad en los círculos financieros. A estas dotes, juntamente con su respetabilidad y honradez, debió el ocupar puestos tan importantes como la representación de la Compañía Trasatlántica, de la que era también consejero.

Durante muchos años desempeñó estos cargos, prestando eminentes servicios a la poderosa entidad, y fué la persona de confianza del ilustre marqués de Comillas. También figuró el Sr. Gil y Becerril en otras Sociedades, demostrando en ellas su capacidad, su celo y su inteligencia.

Entre sus grandes virtudes figuraba la de ser un hombre eminentemente religioso, y como tal formaba parte de piadosas entidades.

Era el señor Gil y Becerril un segoviano ilustre, y con gran entusiasmo y cariño se ocupó siempre en la defensa de los intereses de su provincia. Cuando comenzó a figurar en política, fué elegido diputado por Riaza, y desde 1888 hasta 1903 ostentó esta investidura. En 1905 pasó a la Alta Cámara como senador por la provincia de Segovia, y después de 1910 fué nombrado senador vitalicio por don Eduardo Dato. Militaba en el partido conservador, en el cual era muy querido.

En ambas Cámaras hizo el señor Gil y Becerril labor muy estimable, formando parte de diversas Comisiones.

Era comendador de San Gregorio el Magno, y poseía la gran cruz del Mérito Militar.

Fuó casado con una distinguida dama, doña Isabel de Biedma y Oñate, nieta del primer conde de Sepúlveda y prima carnal de la actual poseedora de este título doña Luisa Oñate y López Baubé, esposa de don Pedro Pastor Díaz. De este matrimonio ejemplar son hijos los siguientes:

Don José, casado con doña María Isabel Vega de Seoane; doña María, esposa de don Antonio Muguero y Muguero, capitán de Caballería; don Javier, casado con doña Rafaela Vaillant, hija de los marqueses de Candelaria de Yarayabo; doña Isabel, con don Fernando Moreno y Gutiérrez de Terán, ingeniero de Caminos, y don Luis, con doña María Luisa Alba, hija del exministro don Santiago.

Descansen en paz el caballeroso senador, que solamente deja en pos de sí afectos, respetos y amistades. Muy de corazón nos asociamos al duelo de sus hijos, enviándoles nuestro sentido y cariñoso pésame.

de Vera y de Valfagona, D. Luis Olávarri, Don Pedro Cabeza de Vaca y Don Joaquín Santos Suárez.

HA llegado a Madrid, para curarse de las heridas recibidas en Africa, el heroico teniente aviador D. Juan Antonio Ansaldo, hijo de la vizcondesa de San Enrique.

Como es sabido el teniente Ansaldo recibió un balazo en una pierna cuando volaba en compañía del observador Sr. Orduña, a unos cien kilómetros de nuestra más cercana posición y sobre poblado enemigo. No obstante haber penetrado la bala por el talón y salido por la rodilla, interesando el hueso, el teniente Ansaldo regresó a nuestras líneas y tomó tierra con su pericia habitual.

Tres de los hijos de la vizcondesa de San Enrique son pilotos aviadores. El mayor de ellos, Francisco, también perteneciente al Cuerpo Jurídico Militar, vino desde Melilla acompañando a su hermano.

Al hacer votos por el pronto restablecimiento del señor Ansaldo, nos complacemos en enviar a la vizcondesa de San Enrique, nuestra satisfacción como españoles por el brillante comportamiento de su hijo.

POR Reales decretos de Gracia y Justicia han sido rehabilitados, sin perjuicio de tercero, los títulos: de barón de Albalat de Segart a favor de Don Antonio de Saavedra y Fontes; de marqués de Montemira a favor de Don Gonzalo Sanchis y Moyanos; de vizconde de Villarrubio, a favor de Doña María de las Mercedes de Jáuregui y Muñoz; y de Cazalla del Río a favor de doña Carmen Messía y Villarreal, marquesa de Casa-Villarreal.

NO comprad aspiradores de polvo. Para limpiar vuestras alfombras y efectos de tapicería con máquinas eléctricas aspiradoras de polvo, avisad a M. NAVARRO. Teléf. 23-63 S. y 23 64 S.

HAN dado a luz con toda felicidad: un niño la señora Doña Rosario Luque y Maldonado, esposa del doctor Don Manuel Izquierdo; una niña, la señora de Mencos y Ezpeleta (Don Roberto); otra niña, la marquesa de Río Florido, y un niño la señora de Don Juan Antonio Fernández Shaw, nacida Rich, hermana del agregado militar a la Embajada de España en Inglaterra.

EN el convento del Sagrado Corazón de Chamartín de la Rosa, ha ingresado la señorita María Teresa Martín Montalvo y Gurrea.

También ha ingresado en el Monasterio de las Reparadoras de Sevilla, la señorita María de los Angeles Medina y Carvajal, hija de la marquesa de Esquivel.

HA regresado a Madrid, cumplidos los tres meses de licencia de que ha disfrutado en su país, el embajador de los Estados Unidos en España señor Alexander Moore.

El Embajador de Italia marqués Paulucci di Calboli ha marchado a su país para pasar una breve temporada.

Como Encargado de Negocios ha quedado el nuevo Consejero señor Maccario, tan conocido y estimado ya en la sociedad madrileña.

LA señorita de Muguero y Herrera Dávila, que sufrió un accidente a causa de haberse caído al subir una escalera, se encuentra muy aliviada de su lesión. Hacemos fervientes votos por su total restablecimiento.

HAN pasado en Madrid unos días, siendo muy obsequiados por la Sociedad Madrileña, el ilustre político inglés Mr. Austen Chamberlain y su distinguida esposa. En su honor se celebró un banquete en la Embajada de la Gran Bretaña.

MADAME PULIN

CONFECCIÓN DE

jerseys, chalecos de sport y
trajes de punto a la medida.

LAGASCA, 50.

LA CAPA INVISIBLE

Me parece, amiguitos del alma, que no hace mucho tiempo os hablé de las célebres botas de cien leguas, halladas por casualidad en casa de un odioso judío por una niña angelical. Gracias a tal encuentro, la muchachita llegó a ser reina, aunque no casándose con el espíritu de la golosina, como un glosador atrevióse a decir sin mi permiso.

Pues bien; hoy voy a hablaros de la no menos célebre capa que tenía la virtud —igual que el famoso anillo,— de hacer invisible a la persona que se la ponía sobre los hombros.

Ya sé que más de una aventura se ha referido a propósito de ella; pero las que yo voy a contaros nadie las sabe, porque a nadie se lo dije y porque en este momento me las estoy sacando de la cabeza.

Veréis... Iba por la eterna senda de todos los cuentos un pobre leñador, encorvado bajo el peso de voluminoso haz de leña. No llovía ni hacía frío, cual suele ocurrir en estos relatos, sino que estábamos en una hermosa tarde del mes de Enero.

El infeliz sudaba —y de qué manera!— La nariz parecía un grifo y la frente una inundación; pero hupa, hupa, hupa, nuestro hombre seguía su camino.

Llevaría como una hora de marcha, cuando, no pudiendo resistir más, exclamó:

—¡Esto es demasiado! ¡Si no viene alguien en mi ayuda, caeré sin remedio muerto de fatiga! Entonces una voz y el aliento de una persona entraron por su oreja derecha:

—¡No te apures, amigo mío! ¡Yo te ayudaré!

El leñador miró en todas direcciones y nada vió, porque nada había.

—¿Quién se burlará de mí?— suspiró.

—Nadie se burla, buen hombre.

Esta vez no cabía duda ninguna; le hablaban tan pegado a él, tan pegado, que casi sintió la humedad de la saliva. Pero seguía sin encontrar a nadie. Entonces sintió miedo y comenzó a temblar.

—¡Eh, amigote, que va usted a tirar la carga!

Dijo la persona misteriosa y como por magia, advirtió el leñador, que su haz de leña dejaba de pesar sobre sus costillas.

¡Ya era hora, pues un minuto más y todo hubiese rodado por el suelo!

El campesino, por si el espíritu misterioso provenía del infierno, hizo la señal de la cruz. ¡Qué espanto! Se oscureció el cielo de repente; estalló un trueno horrísono; chocaron las rocas y un ser espantable, negro y juanetudo, salió corriendo a todo correr con su pata coja, mientras abandonaba a los pies del leñador la carga de leña y una capa verde salpicada de remiendos.

El campesino se puso de rodillas y rezó una oración, notando antes de terminarla, que el sol había vuelto a salir y todo quedaba en el mismo estado de paz y serenidad de antes. Luego se puso a contemplar la capa verde.

—¿A quién se la robaría el diablo?— pensó —¡Bah! De cualquier modo, la prenda no

vale gran cosa, pero para un pobre como yo, siempre tiene acomodo. Me la echaré sobre las espaldas y se lo diré al señor cura apenas llegue a mi pueblo.

Conque ni corto ni perezoso, se puso la capa y se dirigió de nuevo al haz de leña.

—Me va a costar ahora más trabajo volvermelo a echar sobre las espaldas —dijo.

Mas, afortunadamente, vió venir hacia él a su hijo mayor, a quien mandaba la madre, en vista de lo que tardaba.

—Vamos, menos mal. Me ayudará mi Felipín.

El padre le abrió los brazos de par en par; pero, con gran sorpresa suya, Felipín pasó de largo, diciendo al pasar: —¿Quién se habrá dejado aquí esta carga tan hermosa?

El leñador que lo oyó, se echó a reír.

—¿Pero no ves que es el mío, papamatas?—gritó con todos sus pulmones.

TODAS LAS GRANDES ARTISTAS

PARA EMBELLEVERSE Y QUE SUS
ATRACTIVOS RESALTEN CON LA
LUZ ARTIFICIAL, USAN EN SU
'TOILETTE' LOS ULTRA-IMPALPA-
BLES POLVOS DE ARROZ

F R E Y A

TONO «MALVA»

SE FABRICAN EN SIETE VARIEDADES: BLANCOS, ROSA 1 Y 2, RACHEL 1 Y 2, MORUNOS Y MALVA

PRECIO: 3,50 PESETAS

FLORALIA MADRID

Felipín, que reconoció la voz de su padre, se detuvo.

—¿Dónde estás?—preguntó.

—¡Aquí, bobo, aquí!

Mas el chico no atinaba. Buscó detrás de unas peñas; luego en la espesura; después en las ramas de los árboles, mientras el padre, que no cesaba de reír, le decía:

—Busca, busca, Felipín, que no me verás al fin.

Así pasó un rato, hasta que el chico, llevándose a los ojos las manos, rompió a llorar.

—¡A papá se lo ha tragado la tierra.

Naturalmente, cuando el leñador comprendió lo que sucedía, tiró la capa al suelo y corrió a consolar a su hijito. Luego, para convencerse aún más del poder mágico de la prenda, ordenó a Felipín que se pusiera la capa verde sobre las espaldas. El chico obedeció y apenas lo hubo hecho, desapareció completamente, como desaparecieran su padre y el diablo. Entonces el chico, que era muy listo, propuso:

—Se me ocurre una idea.

—¿Cuál?

—Que vayamos con este talismán a la Corte, nos presentemos al Rey y le vendamos la capa.

¡Qué simple eres! ¿Quién somos nosotros para que nos dejen entrar en Palacio?

—¡Por valiente cosa te apuras, padre! Nosotros con esta capa, podremos entrar en Palacio y donde se nos antoje.

—¡Tienes razón, Felipín! Vamos a casa a prevenir a tu madre y sin que nadie se entere, piano, pianito, a la Corte.

Conque así lo hicieron.

En el cuarto de la posada, donde durmieron, en la capital, se arrojaron padre e hijo en la capa verde y bajaron al recibimiento.

Allí estaban la posadera y el posadero hablando con unos mercaderes; pero no les vieron.

En vista de eso subieron la escalera de Palacio. Veinte gigantes, armados de lanzas, impedían el paso. Pero hijo y padre pasaron haciéndoles burlas, como si tal cosa.

Así se encontraron ante la habitación del Rey. Un negrazo colosal, vestido de rojo, y con un hacha en la mano, defendía la puerta.

Felipín le dió un papirotazo en sus chatas narices.

—¿Hay tábanos por aquí?— rugió el negrazo.

El leñador, entonces, empujó una de las hojas y se colaron en el salón del trono.

Acto seguido nuestros amigos se acercaron al Monarca, que estaba solo y preocupadísimo, balbuciendo:

—¡Cuánto diera yo por saber lo que piensa el pueblo!

—Nada tan fácil—, suspiró Felipín.

Pero el rey se imaginó que era su propia conciencia.

—¡Yo lo veo difícilísimo! Para ello sería preciso poder observar sin ser observado y poseer la capa misteriosa de que hablan mis juglares y que nunca ha existido.

—Pues se engaña V. M.,— volvió a decir Felipín. —La prueba de ello es que si estáis decidido a entregar un millón de monedas de oro a quien os la proporcione, vuestra será la capa.

El Soberano repuso entonces:

—No digo yo un millón, mil millones entregaré a quien me facilite la capa.

—¿Y seríais capaz de firmar el compromiso?

—¡Ahora mismo!

Y todo nervioso, mandó traer a su tesoro cien millones de onzas.

Cuando estuvieron otra vez solos, dijo:

—¡Que se presente el dueño del talismán! Entonces padre e hijo se desembozaron.

—¡Aquí estamos, señor, y esta es la capa! El Monarca se la puso sobre los hombros, corrió a un espejo y... ¡no se vió!

Entonces se puso a bailar de alegría. Entregó varios sacos de oro al leñador y a Felipín. ¡Ya podéis figuraros lo que les pasaría al regresar al pueblo!

Como eran buenos repartieron limosnas en abundancia. A las muchachas que tenían el pelo lacio o poco ondulado, les regalaban frascos de la magnífica loción «Ondulina», que mantiene los rizos y los aumenta. Todos los niños pudieron llevar bucles deliciosos, gracias a esa loción.

En cuanto al Rey, merced a la capa verde, pudo convencerse de que la historia hablaría de dos Monarcas que habían rabiado: él y el de la incomparable zarzuela de Chapí y Ramos.—PRINCIPE SIDARTA.

SENAS QUE DEBEN TENERSE SIEMPRE PRESENTES

ALTISENT Y C.^{IA}

CAMISERIA Y ROPA BLANCA FINA
ULT MAS NOVEDADES
Peligros, 20 (esquina a Caballero de
Gracia). — MADRID

CASA SERRA (J. González)

ABANICOS, PARAGUAS, SOM-
BRILLAS Y BASTONES



Arenal, 22 duplicado

Compra y venta de Abanicos
antiguos.

BICICLETAS, MOTOCICLETAS, ACCESORIOS.
REPRESENTANTES GENERALES
DE LA

FRANÇAISE DIAMANT Y ALCION
BICICLETAS PARA NIÑO, SEÑORA
Y CABALLERO.

Viuda e Hijos de C. Agustín

Núñez de Arce, 4. — MADRID. — Tel. 47-76

LA CONCEPCIÓN SANTA RITA

Arenal, 18. Barquillo, 20.
Teléfono, 53-44 M. Teléfono, 53-25 M.

LABORES DE SEÑORA
SEDAS PARA JERSEYS Y MERCERIA

Gran Peletería Francesa

VILA Y COMPAÑIA S. en C.
PROVEEDORES DE LA REAL CASA

FOURRURES CONSERVACION
MANTEAUX DE PIELES
Carmen, núm. 4. — MADRID. — Tel. M. 33-93.



EL LENTE DE ORO

Arenal, 14. — Madrid

GEMELOS CAMPO Y TEATRO
IMPERTINENTES LUIS XVI

CEJALVO

CONDECORACIONES

Proveedor de la Real Casa y de los Ministerios

Cruz, 5 y 7. — MADRID

ETABLISSEMENTS MESTRE ET BLATGÉ

Articles pour Automobiles et tous les Sports.

Spécialités: TENNIS — ALPINISME
GOLF — CAMPING — PATINAGE

Cid, núm. 2. — MADRID — Telf. S. 10-22.

HIJOS DE M. DE IGARTUA

FABRICACION de BRONCES
ARTISTICOS para IGLESIAS

MADRID. — Atocha, 65. — Teléfono M. 38-75
Fábrica: Luis Mitjans, 4. — Teléfono M. 10-34.

RAFAEL GARCIA

GRAN FABRICA DE CAMAS DORADAS
— MADRID —

Calle de la Cabeza, 34. Teléfono M. 9-51

MADAME RAGUETTE

ROBES ET MANTEAUX

Plaza de Santa Bárbara, 8. MADRID

Casa Jiménez - CABATRAVA, 9

Primera en España en
MANTONES DE MANILA
VELOS y MANTILLAS ESPAÑOLAS
SIEMPRE NOVEDADES

Viuda de JOSÉ REQUENA EL SIGLO XX

Fuencarral, núm. 6. — Madrid.
APARATOS PARA LUZ ELECTRICA — VAJILLAS DE TODAS
LAS MARCAS — CRISTALERIA — LAVABOS Y OBJETOS
— PARA REGALOS

NICOLAS MARTIN

Proveedor de S. M. el Rey y AA. RR., de las
Reales Maestranzas de Caballería de Zaragoza
y Sevilla, y del Cuerpo Colegiado de la Nobleza,
de Madrid.

Arenal, 14. Efectos para uniformes, sables
y espadas y condecoraciones

LONDON HOUSE

IMPERMEABLES — GABANES — PARAGUAS
BASTONES — CAMISAS — GUANTES — CORBATAS
CHALECOS
— TODO INGLÉS —

Preciados, 11. — MADRID

HIJOS DE LABOURDETTE

CARROCERIAS DE GRAN LUJO — AUTOMOVIL-
LES DANIELS — AUTOMOVILES Y CAMIONES
ISOTTA FRASCHINI

Miguel Angel, 31. — MADRID. — Teléfono J. — 723.

Acreditada CASA GARIN

GRAN FABRICA DE ORNAMENTOS PARA
IGLESIA, FUNDADA EN 1820

Mayor, 33. — MADRID — Tel.º 34-17

Galiano

S'ASTRE DE SEÑORAS

Argensola, 15. MADRID

EUGENIO MENDIOLA

(Sucesor de Estolaza)

FLORES ARTIFICIALES

Carrera de San Jerónimo, 38.
Teléfono 34-09. — MADRID.

JOSEFA

CASA ESPECIAL PARA TRAJES DE NIÑOS
Y LAYETTES

Cruz, 41. — MADRID

ANTIGUA Y UNICA

CASA "LAMARCA"

Carrocerías y carruajes de lujo.
Proveedor de SS. MM.

GENERAL MARTINEZ CAMPOS, NUM. 39

Fábrica de Plumas de LEONCIA RUIZ

PLUMEROS PARA MILITARES Y CORPORACIONES
LIMPIEZA Y TEÑIDO DE PLUMAS Y BOAS
ESPECIALIDAD EN EL TEÑIDO EN NEGRO

ABANICOS — BOLSILLOS — SOMBRILLAS — ESPRITS
Preciados, 13. — MADRID — Teléfono 25-31 M.

LA MUNDIAL

SOCIEDAD ANÓNIMA DE SEGUROS

— DOMICILIO: —

MADRID | Alcalá, 53

Capital social. . . { 1.000.000 de pesetas suscripto.
505.000 pesetas desembolsado.

Autorizada por Reales órdenes 8 de
julio de 1909 y 22 de mayo de 1918.

Efectuados los depósitos necesarios
Seguros mutuos de vida. Superviven-
cia. Previsión y ahorro. Seguros de
accidentes ferroviarios.

Autorizado por la Comisaría general de Seguros

LE MONDE ELEGANT ET ARISTO-
CRATIQUE FREQUENTE LE HALL DU
PALACE - HOTEL DE 5 A 7 1/2

CASA APOLINAR

-- GRAN EXPOSICION DE MUEBLES --

Visitad esta casa antes de comprar.

INFANTAS, 1, duplicado.



TELEFONO 29-5

JUGUETES

Gran Vía, 18.



Tel. M. 515.

COCHES DE NIÑO

FRANZEN

FOTÓGRAFO

Príncipe, 11.-Teléfono M.-835

CASA RAYO

ENCAJES NACIONALES Y EXTRANJEROS
CONFECCION DE ROPA BLANCA
Fábrica en Almagro

Despacho: Caballero de Gracia, 7 y 9
MADRID.-Teléfono 21-06 M.

FÉLIX TOCA

Bronces - Porcelanas - Abanicos - Sombrillas
Camas - Herrajes de lujo - Muebles - Arañas

MADRID

Nicolás María Rivero, 3 y 5.-Tel. M. 44-77

Decir Chocolates

MATIAS LOPEZ

es decir los mejores Chocolates del mundo

ELIXIR ESTOMACAL

de Saiz de Carlos (STOMALIX)

Es recetado por los médicos de las cinco partes del mundo porque tonifica, ayuda a las digestiones y abre el apetito, curando las molestias del

ESTÓMAGO É INTESTINOS

el dolor de estómago, la dispepsia, las acedias, vómitos, inapetencia, diarreas en niños y adultos que, á veces, alternan con estreñimiento, dilatación y úlcera del estómago, etc. Es antiséptico.

De venta en las principales farmacias del mundo y en Serrano, 30, MADRID, desde donde se remiten folletos á quien los pida

PARA EL TOURISTA

TODO VIAJERO AFICIONADO
A CUESTIONES ARTISTICAS
ENCONTRARA UNA UTILIDAD
EXTRAORDINARIA Y UN VER-
DADERO DELEITE LEYENDO
LOS SIGUIENTES LIBROS:

El Monasterio de Piedra.

Por tierras de Avila.

Una visita a León.

Vistas de Segovia.

POR

LEON ROCH

De venta en las principales librerías

UTENSILIOS DE COCINA

CAFETERAS, AJUAR
DE CASA,
PRECIOS BARATOS

MARÍN, Plaza de Herradores, 12, esquina a San Felipe Neri

R. FERNANDEZ ROJO

GRABADOR EN METALES

Fuentes, 7, Madrid

Teléfono 415 M

PRAST

FOTOGRAFIA ARTISTICA

Carrera de San Jerónimo, núm. 29

MADRID

Hijo de Villasante y Cía.

OPTICOS DE LA REAL CASA

10, Príncipe, 10
MADRID

Teléfono 10-50 M.



INDUSTRIAL GRAFICA. Reyes, 21.-Madrid



LOS ENCANTOS DEL SHIMMY

se acrecientan cuando
lo practica una pareja
ideal, envuelta en los
exquisitos efluvios de la

ESENCIA FLORES DE PRIMAVERA

“Ellas” y “ellos” la usan a discreción.
Es la esencia de moda, la predilecta de
la gente “chic”. Su perfume es inten-
so y permanente. Una gota basta para
perfumar el pañuelo y aun después
de lavado se reconoce su aroma.

DOCE PERFUMES

Frasco, 5 ptas. en toda España.

PERFUMERIA GAL. - MADRID